Baader-Meinhof

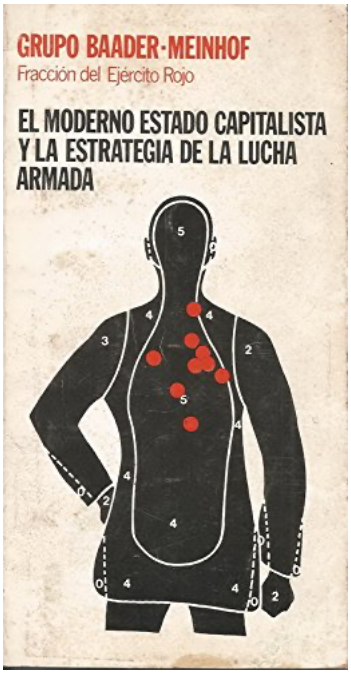
EL MODERNO ESTADO CAPITALISTA Y LA ESTRATEGIA DE LA LUCHA ARMADA

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

GRUPO BAADER-MEINHOF
Fracción del Ejército Rojo

EL MODERNO ESTADO CAPITALISTA Y LA ESTRATEGIA DE LA LUCHA ARMADA

Nota sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.
http://www.abertzalekomunista.net



ICARIA
totum revolutum

© ICARIA Editorial. S. A.
C/ de la Torre, 14 - Barcelona (6)

Traducción: Pedro Madrigal
Diseño de la cubierta: Joan Batallé

1ª edición, mayo 1977
2ª edición, octubre 1981

ISBN 84-7426-025-6
Depósito Legal: B. 30.536 - 1981

Impreso y encuadernado por
I. G. Manuel Pareja
Montaña, 16 - Barcelona (26)

Impreso en España
Printed in Spain

«La historia nos enseña que las líneas políticas y militares correctas no surgen ni se desarrollan de una forma espontánea y pacífica, sino en la lucha. Y la lucha por estas líneas ha de ser entablada en dos frentes: por una parte, contra el oportunismo de «izquierdas», por otra, contra el de derechas.»

(Mao Tse-tung, *Obras Escogidas,* I, pág. 227)

9

I. La lucha armada, problema central de la teoría revolucionaria

Hoy día, es cada vez mayor el número de gente joven que despierta a una conciencia revolucionaria. Crece la disposición a trabajar, de forma consecuente y disciplinada, por conseguir la revolución proletaria. Y se abre paso la concepción de que dicha revolución no puede lograrse sin una teoría científica revolucionaria; pero de esto no se sacan apenas consecuencias.

La teoría revolucionaria no es una ocupación académica, no es solamente una explicación del contexto social, sino que es, ante todo, una enseñanza del actuar revolucionario. Y tiene que dar una respuesta concreta y práctica a la pregunta por las fuerzas, metas, medios y vías que llevarán a la revolución socialista. Tiene que resolver satisfactoriamente la cuestión del poder estatal; dar información de si es posible o no, en las circunstancias concretas actuales, un paso pacífico al socialismo», un traspaso no violento de poderes, de manos del capital a las organizaciones proletarias. No cuenta ni la verborrea ni los conjuros. De lo que se trata es de investigar sobre los contrapuestos intereses de clase y los medios y métodos aplicados por los poderosos con vistas a seguir conservando su poder. Hay que desarrollar la serie de pasos a dar —necesarios y posibles de dar— en dirección a la dictadura del proletariado. De lo contrario, toda teoría revolucionaria está plagada de lagunas y no puede servir en modo alguno de guía para la acción. Un gran peligro reside en el hecho de que lagunas actualmente existentes no son apercibidas a tiempo, porque los revolucionarios creen poder contestar a preguntas planteadas por el proceso revolucionario de hoy día mediante soluciones del pasado. Naturalmente que las experiencias históricas —nadie lo niega— constituyen el fundamento del socialismo científico. Este es como la quintaesencia de los conocimientos, deducidos de dichas experiencias, sobre las leyes generales del dinamismo social. Pero sólo la aplicación creativa de estos conocimientos a la situación histórica correspondiente puede hacer avanzar a la revolución. Luchas de clase con éxito del pasado no son modelos a copiar, sino ejemplos a estudiar.

10

La Comuna de París, de 1871, la victoria de la Revolución de Octubre y

de la guerra popular en China han sido acontecimientos surgidos de condiciones históricas totalmente distintas, que no se pueden comparar con las actuales. Y sin embargo, no podremos desarrollar una teoría revolucionaria adecuada si no sabemos sacar de estas experiencias las consecuencias válidas para nuestra propia acción.

El estudio de las enseñanzas históricas sólo será provechoso si sabemos entender correctamente la relación que tiene lugar, bajo las apariencias y manifestaciones, entre lo particular y lo universal. Lo general existe ya en lo particular, lo mismo que lo particular accede a lo general. El desenvolvimiento y transcurso de la sublevación de marzo en el París de 1871, de la Revolución de Octubre, de la guerra popular china y de la caída del régimen de Batista en Cuba nos muestran que la lucha de clase entre burguesía y proletariado por ver quién configura las relaciones sociales de producción se agudiza hasta el grado de conflicto armado, de guerra civil.

11 La lucha armada como forma más alta de la lucha de clases es algo que resulta del hecho de que las clases poseedoras han logrado asegurarse muy bien su influencia, decisiva, sobre las palancas del poder estatal; consiguiendo un monopolio del Estado sobre los instrumentos del poder que deciden en última instancia: policía y ejército. Y esta constatación sirve tanto para la forma abierta como para la parlamentaria de dictadura de la burguesía. Todo el potencial de poderío social se ha convertido, en gran parte, en instrumento de dominación en manos de las clases poseedoras; en un arma para la defensa de sus privilegios, ante las aspiraciones de la inmensa mayoría de la sociedad, de los productores explotados. Nunca una clase poseedora ha renunciado voluntariamente a sus privilegios, a su propiedad de los medios productivos. Y no hay indicio alguno de que esto pudiera haber cambiado en la actualidad. Los nombres de Auschwitz, Sétif, Vietnam, Indonesia, Ammán evidencian el que las matanzas en masa no son, en absoluto, cosas de sistemas de dominación pertenecientes al pasado y que han sido superadas, sino que, más bien, siguen formando parte de los instrumentos manipulados por los poderosos. Los cuales identifican toda su existencia, física y social, con su posición de poder como clase explotadora, no pudiendo imaginarse tener otra clase de existencia. Luchan, con la energía de su instinto de conservación, con uñas y dientes, hasta las últimas consecuencias, por la conservación de su posición de dominación. Dondequiera que el capitalismo disponga de poder real se empleará a fondo en la prolongación de su existencia.

Carece de todo fundamento material el esperar una transición pacífica del capitalismo al socialismo en las metrópolis. Las enseñanzas que se pueden sacar de las sublevaciones sociales del pasado y de la actualidad fundamentan suficientemente la opinión de que la lucha revolucionaria del proletariado contra la dominación del capital lleva, en su estadio más alto y decisivo, a la guerra civil armada, y que la lucha armada es el grado supremo de la lucha de clases. Mao Tsé-tung ha formulado así esta idea en 1938:

> «La tarea fundamental de la revolución, su forma más alta, es la toma armada del poder, es la solución del problema mediante la guerra. Este principio revolucionario del marxismo-leninismo es de validez general; vale tanto para China como para el extranjero.»
> *(Obras Escogidas,* II, pág. 285.)[1]

---

[1] En su trabajo sobre *Problemas de la guerra* y *de la estrategia,* Mao parte de la tesis fundamental de que la tarea central de la revolución socialista es la toma armada del poder. Refiriéndose en este contexto a que dicha tarea también es válida en los países industriales de Occidente; si bien con la salvedad de que la sublevación armada y la guerra civil no deben ser comenzadas hasta que "la burguesía haya demostrado su absoluta incapacidad, hasta que Ja mayoría del proletariado esté penetrada por la firme decisión de comenzar la sublevación armada y la guerra civil".

Sólo se entenderá bien lo que dice Mao, si se tiene en cuenta que él no se ocupa en absoluto del problema de si en 1938 ha de ser .iniciada o no la guerra civil en las metrópolis por los partidos comunistas correspondientes. Lo que él defiende es, más bien, en contra de los oportunistas de derechas, infiltrados en el PC chino, la consigna de una larga lucha de liberación del pueblo chino contra los imperialistas y la clase feudal y la burguesía de compradores existente en China.

Los dogmáticos parten de la tesis marxista de que la revolución del proletariado es el resultado de una maduración de las relaciones capitalistas de producción y que, por ello, sólo puede ser iniciada y llevada a feliz resultado en las metrópolis industriales; de que, dadas las condiciones socioeconómicas de China, la revolución que se pueda llevar a efecto allí no será más que de signo burgués, y en la que la burguesía debe encargarse, naturalmente, de la dirección, ya que el proletariado indígena es incapaz de suscitar una revolución burguesa; y de que, en consecuencia, el papel de dirigente compete en China al Kuomintang, quedándole suscrito al proletariado únicamente una función coadyuvante. De manera que la revolución socialista mundial debe quedar en suspenso hasta que se lleve a cabo una acción revolucionaria del proletariado de las metrópolis.

El hecho de que el proletariado de los países industriales no haya echado mano todavía de las armas parecía que era una prueba de lo siguiente: la carencia de una situación revolucionaria en las metrópolis, Mao tuvo que exponer, para defender su posición, el carácter peculiar de la revolución proletaria china, explicando por qué los partidos comunistas de las metrópolis no dirigían la lucha armada, mientras que el chino tenía que hacerlo

necesariamente.

No se trataba para Mao, en esta controversia, de dudar sobre la rectitud de las posiciones adoptadas por los "avanzados partidos comunistas" de las metrópolis, apareciendo también en esta cuestión como mi hereje de la Internacional Comunista. Se trataba de Interpretar la línea de los partidos comunistas occidentales según los principios marxistas-leninistas-stalinistas, viéndola como consecuencia de condicionamientos diferentes. De forma que su tesis de que la única guerra que el proletariado de las metrópolis necesita es la guerra civil y de que debe prepararse pura la misma queda un poco abstracta.

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, presen-taba perspectivas realistas la política desarrollada por Lenin y seguida por la Komintern sobre la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. La rectitud de esta estrategia quedó bien demostrada a finales de la primera guerra imperialista mundial.

Mao no nos aclara lo que él entiende por una "absoluta incapacidad de la burguesía". ¿No significaba una impotencia absoluta de la burguesía la crisis general del capitalismo que había desembocado en la Primera Guerra Mundial con sus millones de muertos, no significaba esto la existencia de profundas crisis de la economía mundial por los años veinte y treinta, qué era, si no, la extrema inflación dominante en la Alemania de 1923, con sus masivos robos salariales y sus millares de muertos por hambre? En estos decenios, la burguesía no ha fracasado en sólo un punto: ha sido capaz de desorientar, dividir y desmoralizar al proletariado de las metrópolis. Sólo este éxito ha librado a la burguesía de una revolución.

Pero esto no puede ser visto independientemente del fracaso de los partidos comunistas. No se puede pasar por alto el hecho de que a pesar de los derrumbamientos totales y repetidos del sistema capitalista (paro masivo, inflación galopante acompañada de una descomunal miseria social, guerra total, horribles devastaciones e innumerables víctimas, etc.), no se ha llegado a la guerra civil metropolitana; no podemos ignorar que hoy día el proletariado de estos países está menos preparado que nunca para una sublevación armada y una guerra civil.

Mao no ha analizado por qué al ataque armado de los fascistas contra las organizaciones del proletariado quedaron sin su correspondiente respuesta. Ese no era su problema, aunque sí el de los partidos comunistas europeos.

Ellos se tenían que haber dado cuenta, después de la victoria del fascismo en Italia, Alemania, España y Japón, después del fracaso del Frente Popular en Francia, de que ya no existía perspectiva alguna para la lucha legal del proletariado en los países capitalistas, de que había dejado de darse la posibilidad de hacer del parlamento una tribuna de la lucha de clases. Mao indica que la tarea principal de los partidos comunistas es evitar una guerra imperialista. No nos podemos figurar cómo los partidos proletarios de países tan marcadamente imperialistas como Alemania, Japón e Italia hubieran podido organizar a las masas obreras por medio de "una larga lucha legal" (como recomendaba provisionalmente Mao).

Después de la Segunda Guerra Mundial, cuyo resultado fundó el papel esencial a desempeñar en el futuro por la Unión Soviética y la República Popular China, hay que configurar de otro modo las perspectivas de transformación de una guerra imperialista en una guerra de carácter civil socialrevolucionaria. Lenin, en el análisis de las guerras imperialistas, partía del hecho de enfrentamientos armados entre grandes potencias capitalistas. Pero esta modalidad de lucha imperialista ha quedado anticuada. Ha aparecido en escena una nueva

12

Si en las condiciones sociales dadas en la actualidad se hace inevitable la fase armada de la lucha de clases, entonces una teoría revolucionaria tiene que reflejar el aspecto militar de la misma, de una forma adecuada, dando una serie de directivas concretas para la acción armada.

14

La primacía de la política en la revolución socialista no puede ni debe significar que se hace una consideración aislada del lado político de la lucha de clases, abandonando otros aspectos fundamentales. Esto sería reflexionar solamente sobre una parte de la realidad social, falseando, por lo tanto, al todo social. Sigue siendo verdad, sin discusión, el primado de la política.

15

Lo cual, sin embargo, sólo puede significar que las formas militares de la lucha están subordinadas a las finalidades políticas de la revolución. Lenin ha desarrollado de manera justa toda una teoría militar sobre la sublevación armada en las condiciones de una guerra imperialista mundial. Y Marx y Engels habían sacado de las revoluciones surgidas de 1848 a 1850 y de la Comuna de París principios importantes para la fase militar de la lucha de clases, principios que tienen todavía hoy día su importancia.

16

En conjunto, se puede decir que los clásicos de la teoría revolucionaria no han desechado la eventualidad de una fase militar de la lucha, sino, al

---

forma de represión imperialista armada: la entrada en acción de la máquina militar de las grandes potencias capitalistas para combatir los movimientos de liberación, nacional y social, empezando en la actualidad por los países subdesarrollados.

En estas condiciones, resulta de un desarrollo consecuente de la tesis leninista sobre la transformación de las guerras imperialistas en guerras civiles emancipatorias la consigna dada por los *Black Panthers* y el movimiento estudiantil americano: *"bring the war home"*.

Si Mao dice que la guerra civil en las metrópolis sólo debe ser comenzada cuando la mayoría del proletariado esté decidido a emprender la lucha armada, seguro que esto no es expresión de un democratismo metafísico; sino que lo dice más bien por no ver la posibilidad de que la guerra civil se desarrollase de otro modo en zonas urbanas y acabase con la victoria del proletariado.

Su tesis depende, por lo tanto, de la respuesta a la cuestión de si se puede formar, mantener y ampliar un movimiento armado en las condiciones que presentan las metrópolis *antes* de que las masas proletarias estén movilizadas para la lucha armada.

Esta cuestión precisa de un estudio detallado. Por esta razón, Mao la dejaba en manos de los PC correspondientes, para que ellos hiciesen una valoración adecuada. Pero el cálculo de estos partidos ha sido falso.

contrario, han considerado tal cosa como un estadio inevitable de la revolución que hay que elaborar teóricamente. La importancia de la aportación de Mao a la teoría revolucionaria contemporánea consiste, entre otras cosas, en la siguiente tesis, refrendada en la guerra del pueblo chino: la organización revolucionaria del proletariado sólo puede llevar a una revolución victoriosa si es simultáneamente una organización militar, si el partido comunista construye también un Ejército Rojo de las clases revolucionarias.

Mao se ha dado cuenta de que, en las condiciones de un imperialismo organizado a escala internacional, la contradicción entre la organización militar de las clases antagónicas es la contradicción esencial durante el largo período de lento desenvolvimiento de la guerra popular revolucionaria, cuyo movimiento determina el curso de la revolución. En consecuencia, ha dedicado siempre una atención especial a la cuestión militar, recalcando la primacía de la política como directiva de la acción. Y en la elaboración de la teoría militar de la revolución proletaria él ha aplicado los principios de la teoría cognoscitiva del materialismo dialéctico, en discusión continua con la fracción de dogmáticos del propio partido, que querían trasplantar sin más, de forma acrítica, modelos soviéticos. Ha luchado contra la transposición a la situación china de *conclusiones* sacadas por los clásicos de otras circunstancias sociales; llevando al partido a la tarea de analizar de forma autónoma las relaciones sociales existentes en la China revolucionaria por medio de los *métodos* de materialismo dialéctico, conociendo, por lo tanto, primeramente, a la sociedad china, para extraer después, a partir de las relaciones chinas, las conclusiones necesarias y justas. Y sólo así pudo surgir la teoría revolucionaria que condujo a las clases revolucionarias de China.

17

En su *método,* Mao ha mostrado el camino a. seguir por todos los movimientos revolucionarios. Esta vía consiste en lo siguiente: incorporar a la teoría y praxis revolucionaria, como un problema central, las consecuencias militares de la lucha de clases, estudiar cuidadosamente las particularidades en las relaciones de cada una de las clases con la lucha revolucionaria del proletariado y en la correlación de fuerzas entre clases antagónicas; no tomar esquemas sin más, sino descubrir y aplicar prácticamente, mediante un análisis autónomo, las formas de lucha militar encaminadas a derrocar al capital que sean posibles y eficaces, en correspondencia con la actual relación de fuerzas; probar por medio de experiencias concretas lu validez de concepciones político-militares,

corrigiéndolas en caso necesario; transformar mediante la lucha efectiva la correlación de fuerzas, a favor de las clases revolucionarias y, sobre esta base, elevar a un nivel superior el combate de tipo militar y político, etc., hasta la victoria definitiva del proletariado.

19

II. Lucha armada y huelga general

Actualmente, vivimos en la RFA y Berlín Occidental, una serie de esfuerzos de numerosos compañeros con vistas a construir partidos proletarios revolucionarios, organizar conforme a principios bolcheviques a los trabajadores industriales en sus fábricas, propagando entre los mismos la idea de la revolución socialista.

¿Pero cómo se imaginan ellos esta revolución? ¿Cuál es la teoría revolucionaria que sirve de cimiento a todos sus afanes organizativos? ¿Qué es lo que ellos dicen a los trabajadores sobre el rumbo probable de la revolución, sobre el peligro de falseamiento que corren los principios de tipo estratégico y táctico? ¿Qué dirección deben tomar los trabajadores para dar forma con toda conciencia al proceso revolucionario?

Ellos dicen a los obreros que hay que acabar con el dominio ejercido por el capital, erigir la dictadura del proletariado y poner Jos medios de producción a disposición social. Propagan acciones de masas, una organización centralista-democrática de la vanguardia del proletariado, un tipo de partido comunista revolucionario, la solidaridad de todos los oprimidos. ¿Pero, qué es lo que ellos dicen cuando los obreros preguntan cómo se puede meter en cintura al aparato represor del Estado imperialista y, finalmente, destruirlo? ¿Que el poder del capital será abatido solamente por las «poderosas manifestaciones de la voluntad popular», por la huelga general y la ocupación de las fábricas realizada por los obreros?

20

No se podrá impedir el que los poderosos manden a la policía y al ejército contra manifestaciones y huelgas; ni siquiera un partido obrero organizado a escala nacional, anclado en las masas y formando según los principios leninistas lo podría impedir. No podrá impedir que los más activos cuadros revolucionarios sean arrastrados a millares a campos de concentración, o bien liquidados allí mismo sobre el terreno. No podrá impedir el fracaso de la huelga general, por pura hambre y agotamiento de las masas. Estas se ven golpeadas una y otra vez y quedarán desengañadas de sus dirigentes, por haberlas llevado tan indefensas a este enfrentamiento.

Puede que el poder del Estado burgués sea debilitado por el auge del movimiento de masas, pero de ninguna manera será aniquilado de este

modo, si el ímpetu de las masas se disipa en el juego de la contrarrevolución, el capital se verá en seguida más fuerte, saliendo más vigoroso de la contienda, erigirá una dictadura fascista y restaurará la «paz laboral» en los términos dictados por los propietarios. Si bien es verdad que la huelga general paraliza la economía de un país industrial, también lo es que, con ello, no queda resuelta automáticamente la cuestión del poder. La misma huelga general priva al propio proletariado —de una forma tanto más rápida cuanto más falto esté de reservas— de la base material de su existencia.

21

En la revolución del Mayo francés, un partido revolucionario organizado a nivel nacional probablemente hubiera podido prolongar la huelga por espacio de algunas semanas más (en el mejor de los casos). ¿Y qué? Incluso en el caso de que comités de trabajadores se hubieran hecho con «el poder» en todas las ciudades y los comités de fábrica hubieran organizado la producción conforme a las necesidades del proletariado, con esto no se les habría escapado de las manos a los señores el aparato represivo de la policía y del ejército. La teoría de la huelga general, como algo conducente a una sublevación general, llena de fantasmas, todavía hoy día, las cabezas de muchos revolucionarios. Y no seguirá siendo más que un fantasma mientras esta sublevación general no sea comprendida como el *estadio final* de una larga lucha armada contra el aparato represivo del Estado, el cual sólo así puede ser agotado, desmoralizado y finalmente destruido.

Al contrario de los obreros en huelga, un ejército que se conserve intacto dispone de una estructura de mando perfectamente ensamblada y que se extiende por toda la nación. Las reservas de este ejército, por lo que al avituallamiento, armas y munición se refiere, han sido calculadas no sólo en previsión de un conflicto exterior, sino también de una guerra civil. Sus medios de transporte y de comunicación funcionan independientemente de la marcha de los medios ordinarios de transporte y comunicación. Una huelga de ferroviarios y de funcionarios de Correos no es algo que pueda afectar esencialmente al aparato militar. Y, además, un ejército ha sabido siempre requisar los bienes empresarios para su aprovisionamiento, mediante operaciones militares apropiadas, así ruino también poner en marcha una forma de producción conforme al patrón de sus necesidades. El soldado es el último que muere de hambre.

22

Esta situación de partida, estratégicamente tan desfavorable para las luchas de masas, no es en absoluto algo nuevo. Ya en el pasado había

planteado la pregunta de cuál son las perspectivas de la lucha armada. Engels, después de su participación activa en las campañas de 1849 en pro de una Constitución, se ha ocupado intensamente de los problemas de la guerra en general y de la guerra civil revolucionaria en especial.

En su «testamento político», tan copiosamente utilizado para sus fines por la social-democracia alemana, en el prólogo de *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850,* Engels expone que, de cara al progreso experimentado por la técnica bélica, la rebelión al viejo estilo, «la lucha en las barricadas» había quedado anticuada; siendo comal había sido, «hasta 1848, lo decisivo en última instancia». Engels creía ver el surgimiento de unas nuevas perspectivas en el servicio militar generalizado. Y así, escribía en 1865 en *La cuestión militar prusiana y el partido obrero alemán,* lo siguiente:

> «Cuantos más obreros aprendan el manejo de las armas tanto mejor. El servicio militar generalizado es el comí plemento necesario y natural del derecho al voto de toda la población; poniendo a los votantes en condiciones de imponer, con las armas en la mano, sus resoluciones, ante toda tentativa de golpe de Estado. La aplicación cada vez más consecuente del servicio militar generalizado es el único punto que, de suyo, interesa, de toda la organización del ejército prusiano, a la clase obrera alemana...»

23

No se necesita probar, después de más de cien años de historia del movimiento obrero alemán, que Engels se equivocaba en este punto. Es evidente la poca fiabilidad de un ejército de gente sujeta a un reclutamiento forzoso (cosa que se ve con toda claridad actualmente en el ejército americano en el Vietnam). La especulación con una desobediencia masiva revolucionaria y una fraternización de los soldados proletarios sólo ha salido bien en casos excepcionales, muy ralos, después de catástrofes militares en guerras entre distintos pueblos. Pero hay numerosas tendencias que se oponen a un cambio de frente del ejército en el caso de una guerra civil; entre otras, el hecho reconocido por el mismo Engels de que en las revoluciones proletarias el pueblo va menos animado a la lucha que en las de signo democrático-burgués del pasado.

En el citado prólogo, escribía Engels, en 1895:

> «Difícilmente surgirá de nuevo una sublevación en que simpaticen

> todas las capas sociales. En la lucha de clases, los diversos estratos de la clase media no se agruparán probablemente nunca de tal manera alrededor del proletariado que diese lugar a la casi desaparición del partido reaccionario reunido en torno a la burguesía. Así que el "pueblo" aparecerá siempre dividido.»

Y después de la revolución rusa de 1905, Lenin se expresaba, bajo la impresión de los acontecimientos, en igual sentido:

> «Es completamente natural e inevitable el que la sublevación adopte las formas, más altas y complejas, de una larga guerra civil, es decir, de la lucha armada de un sector del pueblo contra el otro.»
> (Lenin, *La guerra de partisanos,* Obras, vol. XI, págs. 202 y ss.)

24

Y estas cosas han sido confirmadas recientemente por lo sucedido en el Mayo francés. La división del pueblo en la revolución proletaria es la condición de mayores ganancias para la contrarrevolución. Ya por los tiempos de la revolución rusa de 1905 se organizaron bandas terroristas fascistas, las llamadas Centurias Negras. Y Lenin nos transmite el programa formulado por el director de la policía zarista Lopujin, con vistas a la represión:

> «Cuando todavía no se daba un auténtico movimiento revolucionario del pueblo, cuando la lucha política todavía no formaba un todo con la lucha de clases, entonces bastaban unas simples medidas policiales, porque no se trataba más que de unas cuantas personas o círculos. Pero contra clases estas medidas se han revelado ridículamente impotentes, y el sinnúmero de medidas tomadas empezó a convertirse en un obstáculo para el trabajo de la policía... Contra la revolución del pueblo, contra la. lucha de clases no se puede apoyar uno en la policía; es preciso apoyarse igualmente en el pueblo, en clases...
>
> Hay que atizar la cizaña nacional, la cizaña racial, hay que reclutar de entre las filas de los estratos menos instruidos de la pequeña burguesía ciudadana (y después, naturalmente, también de la campesina) "Centurias Negras", hay que intentar agrupar a todos los elementos reaccionarios de la población para la defensa del trono, hay que transformar la lucha de la policía contra los círculos en una lucha de un sector del pueblo contra el otro sector del mismo pueblo. Así

procede ahora también el Gobierno...»
Hasta aquí Lenin, en memoria de un policía zarista (Obras, vol. VIII, página 193).

25

Esta tendencia histórica, deducida con toda consecuencia del desarrollo de la lucha de clases, ha continuado manifestándose, hasta la actualidad; encontrando provisionalmente su estadio más perfecto en los «Camisas Negras» italianos, en los SA y SS nazistas. Y la cima del terror fascista no significa en forma alguna su «acabamiento». Los señores no han desaprendido la lección. A la manifestación en Francia de un millón de trabajadores y estudiantes el 13 de mayo de 1968 seguía la «manifestación» de 800.000 burgueses y elementos pequeño-burgueses, que pregonaban su decisión de defender el sistema capitalista y se ponían inmediatamente a organizar por todo el país «Comités tic Defensa de la República» (CDR).

¿Quién se atrevería a negar, partiendo de las experiencias que nos da la historia, el hecho de que las bandas fascistas que operan sobre las espaldas de las organizaciones proletarias por medio del terror generalizado, de delaciones y provocaciones constituyen un apoyo muy eficiente de la policía y del ejército, a la hora de acabar con una sublevación?

La poca fiabilidad que merece un ejército reclutado de entre el pueblo es algo que tampoco les ha pasado desapercibido a los señores Frente a la ola revolucionaria cada vez mayor se puede constatar en todos los países industrializados de Occidente la tendencia a poner punto final al servicio militar generalizado, formando unidades de élite para combatir sublevaciones y acciones de guerrillas, sustituyendo a los, soldados proletarios por asesinos profesionales con un equipamiento y entrenamiento técnico perfectos. Tales unidades son prácticamente inmunes a toda tentación de deserción. La fraternización de un ejército profesional con las masas revolucionarias es puramente utópica.

26

Actualmente no es difícilmente imaginable el que las masas proletarias en Francia o en Italia traten de llegar al poder por medio de huelgas generales y sublevaciones. Pero tampoco lo es imaginarse el comportamiento de la casta militar. Durante los acontecimientos del Mayo francés de 1968 el general Massu estaba ya dispuesto a iniciar la fase militar de la lucha de clases. Sus unidades blindadas marchaban, con el aplauso de la prensa burguesa, hacia París.

Si se piensa en la revolución habría que pensar también, en este caso concreto, qué es lo que harían sobre las filas del proletariado francés todas estas unidades de élite. Se podría objetar que una intervención del ejército sólo hubiera sido posible a costa de un gran número de muertos; o que una parte de los llamados obligatoriamente a filas se habría negado a disparar contra obreros.

¿Pero es que los señores hubieran retrocedido ante una matanza? Nadie les atribuirá escrúpulos morales. Cierto que a veces parece que retroceden, que hacen concesiones, que dejan caer Gabinetes, que hacen coaliciones con partidos comunistas tradicionales, con tal que éstos se pongan sobre el plano de la Constitución burguesa; en fin, que parece que, ante lo extremo, dan marcha atrás. Los motivos de esta flexibilidad marcan también claramente cuáles son sus límites: no se trata más que del instinto de autoconservación. El capital da un paso atrás para zafarse así del golpe que le da el proletariado y coger carrerilla para el contragolpe. Pero no abdicará. A pesar de las ocupaciones de fábricas, de la autogestión y autoadministración del proletariado, la intervención del ejército cortaría toda iniciativa a los revolucionarios.

27

La política militar en estos casos es siempre la misma: son llevados a puntos estratégicamente importantes destacamentos dignos de toda confianza, encargados de mostrar de forma ejemplar la superioridad del aparato represor. Se estabiliza así a determinadas unidades de la policía o del ejército que se encuentran más perplejas o dubitativas; y, al mismo tiempo, se toma de manos del proletariado posiciones fundamentales, sobre todo los puntos que, en cada revolución, sirven de orientación al movimiento —en mayo del 68 las fábricas automovilísticas Renault y Citroën—, que son como una bandera en una batalla, señalando la victoria o la derrota.

Los cuadros activos, los miembros de los óiganos proletarios de administración, los cuales no pueden en forma alguna trabajar en la clandestinidad, los dirigentes de la huelga, o de la sublevación, serán encarcelados a millares, arrastrados a campos de concentración o fusilados en aplicación de la ley marcial. Acciones de aprovisionamiento emprendidas por el proletariado serán impedidas por el ejército y castigadas como si se tratara de actos de pillaje. El ejército se encargará del reparto de los artículos de primera necesidad, bajo el pretexto de una satisfacción más equitativa de todas las necesidades de la población. En virtud del programa de ayuda montado por el capital internacional, el ejército está frecuentemente en

condiciones de suministrar más y mejores productos de consumo.

Por otra parte, los señores asegurarán su disposición a satisfacer, una vez logrado el orden de nuevo, las «legítimas reivindicaciones de los trabajadores». Cuanto más tiempo duren los enfrentamientos, tanto mayor será el peligro de que fracciones de la clase trabajadora entren en negociaciones con los partidos burgueses, «para salvar lo que se pueda salvar». La batalla habrá sido perdida.

28

¿Quién podría frenar la marcha de las unidades del ejército por todo el país? ¿Quién podría parar en un caso así los carros blindados, los helicópteros, a las columnas móviles, a los comandos de limpieza, a los *paras, marines, rangers* o como se llamen? ¿Acaso los grupos de defensa organizados por los obreros, surgidos de la nada, mal equipados y entrenados, los cuales, en el mejor de los casos, sólo se podrán abastecer de armas ligeras mediante acciones contra comisarías o puestos marginales del ejército? Incluso en el caso de que algunos destacamentos del ejército regular se pasasen a los revolucionarios, su potencial se vería pronto aniquilado.

Todo esto es evidente. Parece, sin embargo, que crece la tendencia a cerrar los ojos a las condiciones militares de una revolución, en el mismo grado en que el aparato represivo se especializa en la liquidación de disturbios y sublevaciones. De otra manera no se puede explicar apenas cómo Mandel, importante teórico revolucionario de la actualidad, pueda sacar, después de las experiencias de 1968, una «tipología de la revolución en los países imperialistas», cuyos factores estratégicos serían: «Huelga general..., ocupaciones de fábricas, piquetes de huelga cada vez más masivos y duros, respuestas inmediatas a todo tipo de represión violenta (?), manifestaciones callejeras que se transformen en escaramuzas y enfrentamiento constante y cambio de pareceres con las fuerzas encargadas de la represión (?) llegando hasta el levantamiento de barricadas...»[2]

29

Y en una nota a pie de página (!) Mandel se pone a concretar su programa militar. Así suena lo que dice:

> «Desde el comienzo de las ocupaciones de fábricas las fuerzas represivas están empeñadas en la tarea de reconquistar algunos de los puntos estratégicos ocupados por los huelguistas, por ejemplo el

[2] E. Mandel, enseñanzas del Mayo de 1968, en *Revolución en Francia. 1968,* EVA, pág. 123.

> centro de telecomunicaciones. Un movimiento obrero que no haya sido cogido falto de preparación por los acontecimientos, sabría defender estas posiciones clave tomadas sin resistencia; y, basándose en las provocaciones del poder (!), llevar poco a poco a las masas a la determinación de armar a los piquetes de huelga con vistas a la autodefensa. De esta manera, "el miedo a la guerra civil" podría ser reemplazado por la voluntad de defenderse a sí mismos.»[3]

Esto podría servir para un país en el que el ejército tirara con bolas de alcanfor. Cualquier suboficial francés sabría improvisar un plan de ataque para liquidar focos de «resistencia militar» de este tipo. ¡Es para desesperarse! ¿Qué es lo que sucederá después de aventuras así?

Después de la derrota militar, se inicia para los cuadros, diezmados, el tiempo de «resistencia» en la ilegalidad, la alianza con todas las fuerzas «antifascistas», aunque se trate de fracciones burguesas. La fuerza de la dictadura fascista irá así aflojando, poco a poco. El «frente unitario» de las fuerzas democráticas aparece en escena, posibilitando de nuevo un resurgimiento político. Pero su resultado puede ser de nuevo el restablecimiento de una «democracia burguesa», es decir, de una formación, prefascista, de la encubierta dictadura que ejerce la burguesía.

30

Pues sólo a este precio es posible un frente unitario y el fin del régimen fascista. Sólo cuando se le garantiza la «democracia burguesa» el capital se muestra condescendiente y dispuesto a destituir a sus vicarios fascistas. Y así es como surge el ciclo de las diversas formas de dominación que adopta el capital. A la aparente democracia parlamentaria sigue la dictadura abierta, fascista, de la burguesía, a ésta, a su vez, la forma parlamentaria de dominación, etc.; hasta que el proletariado haya comprendido por fin que la victoria militar sobre el enemigo de clase no puede ser *sustituida* por ninguna otra forma de lucha, por ninguna clase de alianza con otras fuerzas políticas, por ninguna política de frente popular o unitario; hasta que comprenda que todos los otros tipos de la lucha de clases y las coaliciones políticas sólo pueden tener el valor de ayuda de la lucha armada.

He aquí la perspectiva de todos los yerros y todas las sangrientas

---

[3] Mandel, op. cit., pág. 126, nota a pie de pág., 8.

derrotas. Pero ella no podrá apenas convencer a los trabajadores de la necesidad y sentido de su compromiso en la lucha revolucionaria. Con todo, los compañeros tendrán que tener muy claro lo siguiente: no es la espera segura de la derrota lo que entusiasma a las masas y las lleva a actos revolucionarios, sino que esto sólo lo puede hacer la perspectiva de victoria. Sin este entusiasmo de las masas ninguna revolución ha tenido éxito hasta la fecha.

Por esta razón

> «tenemos que meter a las masas del pueblo por los ojos las perspectivas de victoria que existen en nuestra lucha; haciéndolas comprender que las derrotas y dificultades tienen meramente un carácter transitorio y que la victoria final será, sin duda, la nuestra, con tal que nosotros sigamos luchando sin doblarnos, a pesar de todos los retrocesos posibles». (Mao)

De lo que se sigue también que ni siquiera el partido de cuadros mejor organizado y entrenado podrá movilizar a las masas, si no está en condiciones de mostrar convincentemente a las masas las posibilidades de victoria. Y aquí no hay trucos que valgan. Las masas, tantas veces engañadas, desilusionadas, apaleadas, son, en este punió, extremadamente críticas.

33

III. Conciencia proletaria, teoría revolucionaria y papel de la intelectualidad revolucionaria

La discusión hipotética entre los cuadros revolucionarios y los obreros que acabamos de sugerir es la primera piedra de toque de la validez de una teoría revolucionaria. Toda propaganda que proclame fines revolucionarios quedará sin efecto alguno si no muestra las vías concretas para la consecución de esos fines. Y en esto reside la diferencia fundamental de esta propaganda en relación con la «caza de bobos» de la burguesa. La propaganda burguesa quiere precisamente mantener alejadas a las masas de toda actuación política autónoma, sólo quiere alcanzar la aclamación para una actuación «en su nombre» por parte de los partidos políticos y de los parlamentarios.

Y para esto vienen a pedir de boca lemas nebulosos, bien sonantes, los cuales, en el fondo, no dicen nada, pero lo prometen todo. La propaganda revolucionaria, sin embargo, tiene como meta lograr la actuación autónoma y consciente de las masas. Tiene que presentar, en consecuencia, directivas concretas y realistas. Los primeros pasos dados en la práctica evidenciarán si dicha propaganda no es más que fraseología o bien una guía para la acción adaptada a la realidad.

34

El que esté de acuerdo con nosotros en que la realización de upa sociedad socialista sólo es posible si se quiebra el poder del capital no podrá evitar plantear ya más. la pregunta de cómo puede ser destruido, en concreto, dicho poder. Esta es la cuestión fundamental. Si se la deja sin respuesta, todos los esfuerzos son vanos, no sirviendo, propiamente, sino para acallar la propia conciencia.

La organización política del proletariado, el partido comunista, no es algo que tenga su fin en sí mismo. La revolución no habrá sido acabada en tanto que siga subsistiendo la organización de partido. Nadie afirma que el partido sea un fin en sí mismo. Y sin embargo, a pesar de todas las afirmaciones teóricas, la organización se ha hecho repetidas veces un fin en sí; el deseo de preservar y conservar en su integridad al partido, de que se le reconozca legalmente, ha llevado, en situaciones decisivas, a un retroceso de

las líneas de vanguardia en la lucha de clases. La experiencia histórica nos obliga a aplicar también al partido como organización la advertencia de Mao referente al falseamiento de la teoría marxista en cuanto fin en sí misma.

El partido comunista es, lo mismo que la teoría revolucionaria, de la que es expresión en el campo de la organización, una flecha, una flecha en manos del proletariado. Pero la flecha carece de toda utilidad si uno se limita a jugar con ella entre las manos, exclamando de vez en cuando, totalmente arrobado: «¡Una hermosa flecha, sí, señor, una hermosa flecha!», en lugar de dirigirla contra el enemigo de clase, la burguesía. Esta flecha es un instrumento para la transformación de la sociedad. Un arma para desarmar al capital. Y un instrumento debe responder a una finalidad. El arma debe estar a la altura del equipamiento enemigo, ser superior a la del enemigo. Antes de ponerse a forjar el hierro y convertirlo en un instrumento, hay que saber para qué servirá este utensilio.

35

Y lo mismo pasa en la construcción de un partido revolucionario. ¿Cómo podremos formarlo si no sabemos —por lo menos a grandes rasgos, aproximadamente— qué aspectos presentará el proceso revolucionario y cómo hay que incidir en él? Para una lucha puramente sindical la organización deberá ser distinta de la de un partido que quiere conseguir una mayoría parlamentaria mediante una lucha política legal. Y si los esfuerzos se concentran en torno a una lucha ilegal, el partido tendrá que tener una estructura clandestina, es decir, tendrá que poseer una organización *totalmente* distinta de la que corresponde a un partido que se muestra abiertamente. En el caso de que no se tenga perfectamente clara la cuestión del contenido y de las formas de la lucha revolucionaria, corremos el peligro de crear una organización de partido que, en el mejor de los casos, resulta inepto para la dirección de las masas revolucionarias, si no es también —lo cual ya es mucho peor— una rémora para la marcha de las mismas.

Si el partido surge carente de una conciencia teórica de sus fines dentro del proceso revolucionario, la organización que crecerá a partir de él se creará *a posteriori* una «teoría» a su medida, de acuerdo con sus posibilidades y limitaciones, pero que deja desatendidas las necesidades reales de un movimiento revolucionario.

Las luchas de clases del pasado han impulsado el desarrollo del socialismo científico. Y éste se ha convertido en un firme cimiento de la revolución socialista mundial. Esta teoría tiene que ser, sin embargo, si es que quiere desempeñar la función práctica que le corresponde, desarrollada

conforme a las indicaciones de la experiencia y de la evolución de las circunstancias. Se convertiría en algo inútil si no se incorporan a ella las peculiaridades de las. nuevas relaciones sociales y los resultados de las luchas del pasado.

36

En la sociedad alemana occidental se han producido transformaciones, si la comparamos con la de 1918, 1923 o 1933. Las victorias de la clase obrera en el plano internacional, así como las derrotas del proletariado alemán en el plano nacional, han originado nuevos puntos de vista en la consideración de las leyes de la dinámica social. El sistema imperialista mundial se ha adaptado perfectamente a la situación de *radical* transformación creada por la victoria de la Revolución de Octubre. La teoría revolucionaria, las ideas de los comunistas de Alemania Occidental acerca de las vías concretas a seguir con vistas a la dictadura del proletariado, han quedado, por el contrario, estancadas.

Los socialdemócratas alemanes de la II Internacional han intentado, por lo menos, imaginarse *de modo concreto* qué aspecto debería tener el camino hacia el poder obrero; si bien es verdad que sus consideraciones nos parecen *hoy día* increíblemente ingenuas, con el trasfondo de todas las experiencias hechas y vividas durante el fascismo alemán.

Antón Pannekoek estuvo preocupado durante un tiempo, con la mayor seriedad del mundo, por las «medidas extremas» que podría tomar la burguesía ante la lucha revolucionaria del proletariado: la «paralización de la prensa, la prohibición de toda asamblea, el encarcelamiento de los líderes..., el estado de sitio y la difusión de noticias falsas».[4] Y ni lo que se representaban Kautsky o Rosa Luxemburg[5] sobre las posibilidades de la contrarrevolución iban más allá del marco de experiencias hechas bajo la ley antisocialista. Además, las acciones de masas protagonizadas en 1905 por el proletariado ruso contribuyeron a un crecimiento salvaje en el terreno socialista alemán de un cúmulo de ilusiones sobre la eficacia de las huelgas de masas; ilusiones combatidas encarnizadamente por Lenin por espacio de más de un decenio.

37

---

[4] Cf. *Neue Zeit,* año XXX, vol. II, 1912; y allí mismo, A. Pannekoek, *Acción de masas y revolución.*

[5] Esta última ha empezado a barruntar las dimensiones del terror contrarrevolucionario en el fuego de la Revolución de Noviembre. Cf. *¿Qué quiere el Spartacus?* Obras Completas, EVA, pág. 164.

Los revolucionarios rusos —y ante todo Lenin— habían expuesto la necesidad de preparar y organizar sistemática y pacientemente la sublevación armada, adaptando sobre todo los principios organizativos del partido a esta tarea; y esto ya en 1901, es decir, 16 años antes de la victoria de la Revolución proletaria, *antes* incluso de la constitución del partido bolchevique. Lenin llegaba a la conclusión de que el proletariado ruso necesitaba «una organización militar de revolucionarios profesionales». Se refería con ello al partido.

Sus ideas organizativas las ha resumido él en el *¿Qué hacer?* de la forma siguiente:

> «...la sublevación es, en el fondo, la "respuesta" más enérgica y apropiada que pueda dar el pueblo al Gobierno. Precisamente un trabajo de este tipo (creación y difusión de un periódico socialista para toda Rusia) sería algo llamado a estimular por fin a todas las organizaciones revolucionarias, en todos los rincones del país, a tener entre sí relaciones regulares y, al mismo tiempo, de carácter *netamente conspirativo,* relaciones que constituyen la unidad *de hecho* (subrayado por Lenin) del partido. Sin esta red de relaciones es imposible deliberar colectivamente sobre el plan de sublevación y tomar la víspera de la misma las medidas necesarias, que deben ser objeto del más estricto secreto. En una palabra, que el "plan de un periódico político para toda Rusia" no es fruto de un estudio de gabinete parido por personas contagiadas de doctrinarismo y literaturismo (...); al contrario, se trata de un plan eminentemente práctico, con vistas a comenzar, por todos los lados y sin aplazamientos, los preparativos de la sublevación, sin olvidar tampoco ni por un momento el trabajo cotidiano de carácter urgente.»[6]

38

¿Qué es lo que hoy se oye de labios de comunistas alemanes referente a las vías y métodos concretos a seguir por el movimiento revolucionario? ¿Qué es lo que se oye sobre las metas prácticas de la organización revolucionaria? ¡Nada, en el mejor de los casos! No pocas veces se desvaría hablando de la «función Iskra» a desempeñar por alguno de los realmente numerosos periodiquillos que aparecen en la actualidad, revelando con ello una incomprensión absoluta del pensamiento leninista.

---

[6] Lenin, *¿Qué hacer?,* Obras, vol. V, pág. 536 s.

El hacer llamadas al proletariado a que se organice, como hoy día se puede oír por doquier, es algo tan viejo como el *Manifiesto Comunista.* Pero esto no puede disimular en modo alguno las lagunas existentes en la teoría revolucionaria. El dar a esta llamada un contenido actual y teóricamente ajustado es una tarea todavía por resolver.

39

No es verdad y es un error fatal de muchos compañeros creer que la teoría revolucionaria acorde a la sociedad actual alemana sólo podría ser desarrollada por una organización de cuadros del proletariado industrial constituida según los principios bolcheviques. limos, una y otra vez, como tema constante con algunas variaciones accidentales, que el proletariado no debe ser objeto de tutela. Y es verdad. ¿Pero qué significa esto?

Oímos por todas partes que los estudiantes no son la vanguardia revolucionaria, por razón de su situación de clase, y sobre todo a causa de las influencias de carácter peque- ño-burgués a que se ven expuestos. Se dice que, hoy día, de lo que se trata es de organizar y movilizar al proletariado en las fábricas, a fin de hacerlo capaz de dar los primeros pasos en su propia organización y autodeterminación en el caso de conflictos de tipo interno. Para ello habría que transmitirles procesos de aprendizaje cuyos resultados pusiesen a los obreros en condiciones de elaborar ellos mismos guías de acción más amplias, para solucionar la cuestión del poder a nivel de toda la sociedad. La idolatrización de la espontaneidad celebra de nuevo su resurrección. Desde un punto de vista de historia de las ideas, se trataría de una nueva edición de la teoría sobre la «táctica como proceso» (cf. Lenin, Obras, vol. V, pág. 228.[7]

Quien desconozca las enseñanzas de la historia estará condenado sin remedio a repetir los errores del pasado. En los últimos decenios el proletariado industrial alemán, «organizado y masivo», se ha enfrentado a conflictos semejantes, los ha politizado y consumado en la lucha. Pero el resultado no ha sido, de ningún modo, la formulación de una teoría revolucionaria útil, clara y unitaria, sino, al contrario, todo un abanico de tendencias políticas dentro de la clase trabajadora que se contradicen entre sí.

40

Otro resultado de este proceso es la resignación; una resignación profundamente marcada en la imagen histórica del proletariado de Alemania Occidental, cuya variante agresiva es el fantasma del anticomunismo que

[7] Lenin, op. cit., vol. V, págs. 386/394 ss. y 479.

vaga por las cabezas de los obreros. ¿Y alguna vez se ha visto que de la resignación surgiera ni siquiera un solo pensamiento revolucionario?

Diariamente encontramos en los periódicos noticias de cada vez más luchas revolucionarias en cada vez más países del globo, en cada vez más ciudades y aldeas, de cada vez más disparos, de cada vez más bombas. Estas noticias son signos de la creciente pleamar revolucionaria. Pero apenas encontramos noticias de que en alguna parte del mundo el proletariado industrial participe en primera línea en dichas luchas o que haya elaborado nuevas teorías o formas de organización.

La lucha de las Comisiones Obreras españolas es heroica. Pero sin más perspectivas que el restablecimiento de la República burguesa. Los «políticos de la oposición» ya están preparados. En los Estados Unidos se agudizan los enfrentamientos. Se incrementan las acciones de las fuerzas revolucionarias. ¿Pero son dirigidas o apoyadas por el proletariado industrial o, al menos, por sectores del mismo? Con casi 5 millones de parados se podría pensar algo así. ¡Pero nada!

¿Es pura casualidad el que sean jóvenes intelectuales, sobre todo estudiantes, los que desempeñan un papel esencial en todos los frentes? Son hechos que hay que analizar. No se ayuda a nadie con una mitificación de los obreros industriales, y menos al mismo proletariado. ¿Qué es lo que han querido decir Engels y Lenin al constatar el hecho de que si bien el portador de la consciencia revolucionaria es el proletariado industrial, éste, por sí solo, con sus solas fuerzas, únicamente puede desarrollar una concienciación «tradeunionista», meramente sindicalista?

41

¿Cómo entendemos nosotros el comunicado del XI Pleno del Comité Central del PC chino, del 12 del 8 de 1966? ¿Cómo entenderemos nosotros aquello de que las masas trabajadoras han podido dominar y aplicar *directamente* el marxismo-leninismo *sólo después* de la campaña masiva en pro del estudio de las Obras de Mao Tsé-tung, es decir, sólo después de la Revolución?

La respuesta a esta cuestión surge de la lógica del proceso de formación cognoscitiva y teórica dentro de una sociedad de clases. ¿Cómo se logra un conocimiento verdadero, cómo se forma una teoría científica? ¿Cómo actúa la situación en que se encuentra la clase proletaria en la marcha de este proceso?

En su actividad práctica, el hombre recibe impresiones sensibles de los objetos y del mundo social que le rodea (experiencia sensible). La repetición

continua de ciertas impresiones y la combinación de las mismas transmiten —todavía en un plano sensitivo— la vivencia de lo que es causa y es efecto. Y sobre esta base de experiencia sensible surgen, en el transcurso del tiempo, categorías conceptuales; las cuales reflejan relaciones existentes en la naturaleza y en la sociedad, relaciones del mundo de objetos que nos rodea, pero que no son directamente accesibles a los órganos de los sentidos. En el pensamiento humano se desarrolla la capacidad de abstraer, de sacar conclusiones que se desprenden de las representaciones sensoriales directas; y los últimos eslabones de aquellas conclusiones (resultados) son examinados, para comprobar su validez, en la actividad práctica, siendo, según los casos, o desechados o corregidos.

42 En este proceso, cada generación recoge en su visión del mundo el tesoro de conocimientos y experiencias de las anteriores, desarrollándola sobre esa base: Y para llegar a nuevos resultados válidos, cada generación debe incorporar a su proceso cognoscitivo más experiencias y resultados de abstracciones provisionales. Pero es algo característico de la situación de clase del proletariado dentro del capitalismo el que en el curso de su proceso de adaptación a su función económica en el campo de la producción, no le sean transmitidos, ni siquiera de forma aproximada, el saber y la capacidad de abstracción necesarios; necesarios para poder sacar de las experiencias sensoriales hechas en lo social las conclusiones justas, que estén a la altura de los tiempos y no se limiten a repetir representaciones del pasado, más o menos modificadas, caducadas desde hace ya mucho tiempo. Esta contradicción fundada en la propia situación de clase sólo podrá ser superada cuando se supere la contradicción de clase existente entre capital y trabajo.

Por ello, una teoría revolucionaria actual sólo puede ser desarrollada por aquellos que por su situación objetiva de clase están capacitados para lo siguiente: incorporar a sus propias reflexiones las experiencias y los conocimientos deducidos de ellas en el pasado, estando en posesión de la fuerza de abstracción que les permita analizar, interpretar y generalizar las experiencias obtenidas por la actual lucha de clases, sobre el trasfondo histórico del estadio cognoscitivo de nuestros días.

43 *No* es casualidad el que las estaciones fundamentales en el desarrollo del socialismo científico estén jalonadas por pensadores y revolucionarios de procedencia no proletaria, pero que precisamente por esto estaban en posesión de los presupuestos necesarios para un trabajo teórico de más

envergadura: Marx y Engels en el período de la primera revolución industrial y formación del movimiento obrero industrial organizado; Lenin en la época de la primera guerra imperialista mundial y del surgimiento en Rusia de una situación revolucionaria a causa del desgaste del potencial absolutista del zarismo en las guerras de pillaje colonial y finalmente en una guerra mundial; Mao Tsé- tung en un período marcado por la victoria de la Revolución de Octubre y una segunda guerra imperialista a escala mundial.

Una condición esencial para la generalización de la teoría revolucionaria consiste en su coincidencia con las experiencias de las clases revolucionarias que, apoyadas en esta teoría, han podido alcanzar toda una serie de victorias en su lucha contra el feudalismo, absolutismo y capitalismo.

A propósito de esta coincidencia con las experiencias históricas vamos a reproducir algunos extractos de lo expuesto por Lenin sobre este tema:

> «La historia de todos los países testimonia el hecho de que la clase obrera, con sólo sus fuerzas, sólo puede llegar a una concienciación puramente tradeunionista, es decir, a la convicción de lo necesario que es *unirse* en sindicatos, emprender una lucha contra los empresarios, obligar al Gobierno a la concesión de tal o cual ley necesaria para los obreros, etc. En cuanto a la doctrina socialista, ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, de las clases intelectuales. Incluso los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, pertenecían, por su situación social, a la intelectualidad burguesa. En Rusia, asimismo, la teoría de la socialdemocracia ha surgido también, *independientemente* del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, como un resultado natural y necesario de la evolución ideológica experimentada por la intelectualidad socialista revolucionaria...» (subrayado nuestro).[8]

Y nada nos hace suponer que hoy día se haya verificado una transformación *cualitativa* en esta relación entre conciencia proletaria y teoría revolucionaria. Una diferenciación podría estribar en el hecho de que la situación de clase de un sector considerable de la intelectualidad, sobre todo del estudiantado, ha ido cambiando progresivamente. En tiempos de Marx y Lenin la intelectualidad se identificaba, tanto por su procedencia

[8] Lenin, op. cit., pág. 386.

como por su situación social en cuanto clase dentro del proceso productivo, con los intereses de las clases explotadoras, de manera que sólo algunas individualidades de este estrato social se pusieron de parte de los oprimidos y explotados; en la actualidad, en cambio, una parte de la intelectualidad adopta una posición intermedia, menos por razones de su origen que por motivos, más bien, de su función dentro del mecanismo de producción. La conciencia de los jóvenes intelectuales está marcada por este hecho, como también por la existencia de la amenaza de ser desclasados en un grado mayor que en otros tiempos.

Todos estos factores causan una mayor sensibilidad ante las estructuras sociales de dominación en general, sobre todo dentro del proceso de formación y cualificación burguesa. Esta transformación de situación de clase favorece la introducción del socialismo científico en amplias capas del estudiantado, que se sirve de esta teoría para fundamentar sus *propios* intereses de clase, que son de signo anticapitalista, y combatir contra los señores.

45

Los estudiantes rebeldes se convierten, en este proceso, en una parte del movimiento anticapitalista de carácter socialrevolucionario que existe en la actualidad. Por distintos motivos, a los cuadros socialistas del movimiento estudiantil les ha competido desempeñar una función de vanguardia a escala de toda la sociedad. Las metas y métodos del movimiento revolucionario han sido muy claramente formulados y científicamente fundados por el movimiento estudiantil. Hoy día, los portadores de la conciencia revolucionaria no son las organizaciones de los trabajadores, sino más bien los sectores revolucionarios del estudiantado.

Desde hace años, los estudiantes han emprendido la lucha y, por lo menos en USA y en Alemania Occidental, han hecho revivir de nuevo al movimiento socialista revolucionario. En el transcurso de la lucha han reunido experiencias, las han estudiado teóricamente y generalizado. Así es como la teoría revolucionaria ha sido enriquecida en aspectos importantes; una aportación fundamental suya ha venido de sus controversias, teórico-prácticas, con el revisionismo de los partidos comunistas tradicionales y con el socialdemocratismo. Los estudiantes revolucionarios son una parte de las masas en que se debe apoyar todo partido revolucionario.

46

Seguir en todo la línea señalada por las masas significa, por tanto, ir también al encuentro de las masas revolucionarias estudiantiles, conocer sus

ideas, analizarlas con todo cuidado, recapitularlas, trasponerlas a un plano general, criticar las falsas concepciones, destacar las verdaderas y transmitirlas a las masas en su planteamiento más general. Los cuadros deben estudiar las concepciones que se han desarrollado a partir de las experiencias realizadas los últimos tres años por los estudiantes revolucionarios acerca del carácter de la violencia estatal, del papel a desempeñar por la contraviolencia revolucionaria, de los condicionamientos de la actividad violenta en el seno de las masas oprimidas, de la correlación de fuerzas entre revolución y contrarrevolución y de los presupuestos de su transformación.

Este estudio y la subsiguiente transposición de los resultados a un plano más general es un paso fundamental para el desarrollo de la teoría revolucionaria.

Seguir la línea marcada por las masas también significa, sin embargo, conocer las ideas de la población trabajadora, estudiarlas, generalizarlas críticamente y transmitirlas a las masas. Pero en este estudio hay que tener en cuenta el hecho de que la conciencia proletaria se encuentra en un estadio que refleja muy deformada, encubierta y fragmentariamente la situación objetiva de la propia clase, a consecuencia de los influjos de la ideología burguesa y bajo la impresión de las muchas derrotas sufridas. Antes de poder generalizar algo de una manera crítica es necesario eliminar las deformaciones causadas por obra de la ideología enemiga. Pues todo actuar revolucionario solamente se desarrolla a partir de un reflejo exacto de cómo es la situación de clase.

Confiar en las masas no quiere decir pasar por alto las deformaciones de la conciencia proletaria, no significa recitar piadosamente todas las exteriorizaciones políticas de las masas —aunque sean de la oposición—, no significa trazarse una imagen de lo que son las masas que en absoluto corresponde con la realidad. Confiar en las masas significa más bien descubrir y liberar, incluso en actitudes aparentemente reaccionarias y en una conciencia de clase deformada, las energías revolucionarias latentes. Pues son éstas las que pueden llevar a una victoria de la revolución.

47

En la agresividad, abierta o solapada, que se encuentra por todas partes, nosotros debemos descubrir la existencia de una reacción de defensa de las masas, si bien deformada, contra la opresión que padecen. La continua aprobación, abierta o solapada, del uso de la violencia contra supuestos enemigos, interiores o exteriores, la exigencia del uso de la violencia contra

los supuestos causantes de una situación general de amenaza e inseguridad, son expresión de una conciencia *auténtica en germen*: de que, en los enfrentamientos de clases, es la violencia la que decide sobre la victoria.

Las masas no están, en absoluto, tan contagiadas de la moral burguesa como para ver un problema ético en el uso de la violencia como arma de los enfrentamientos sociales. Al contrario, están más dispuestas que un individuo educado burguesamente a la utilización de la violencia para sacar adelante sus intereses. Y cuando ellas se oponen —con frecuencia de forma realmente drástica— a los actos de violencia de grupos revolucionarios, no lo hacen porque sean enemigas de la violencia, sino sólo porque han sido trabajadas emocionalmente contra estos grupos revolucionarios.

La expresión auténtica de la actitud positiva, en correspondencia con los intereses de clase, ante la violencia, la encontramos en los deseos que se tienen para con sus «superiores», como figuras simbólicas de la opresión que padecen, deseos formulados soñando despiertos o en las charlas de cantina. El hecho de que las ganas que se tienen de «pelar» al «jefe», al «encargado» no se realicen en las personas que son objeto de este odio, sino más bien ,en figuras sucedáneas, mucho más débiles, como pueden ser minorías raciales o grupos políticos herejes, se debe en parte, a los influjos de la ideología enemiga; en parte, también, sin embargo, a las experiencias del propio proletariado, en el sentido de que con el uso de la violencia, dentro de las formas tradicionales de luchas de clases, no ha podido vencer al enemigo, corriendo el riesgo de perder incluso lo conseguido en su *status* social.

48

Esta actitud resignada y que conduce a la inhibición de gran parte del proletariado es factor integrante de su conciencia de clase. Es algo que hay que entender en el contexto de experiencias de enfrentamientos de clases hechos en el pasado y en la actualidad. Desde el punto de vista de un desarrollo revolucionario es esta contradicción la más importante existente en la conciencia de las masas; contradicción que debe resolver el partido revolucionario mediante una praxis deducida de. una teoría justa de la revolución.

Una generalización crítica de las concepciones y sentimientos que encontramos en las masas consistiría en reforzarlas en su actitud positiva con respecto a la violencia como arma de la lucha de clases, condenando duramente toda capitulación en este terreno, mostrando simultáneamente los métodos y caminos que lleven al proletariado a la victoria sobre el capital en los inevitables enfrentamientos entre él y la burguesía.

Si no se abre esta perspectiva, es imposible movilizar para la revolución el potencial de violencia que entraña el proletariado.

49

IV. Vanguardia revolucionaria y clase proletaria

Esperar pacientemente hasta que los obreros industriales se organicen y entren en la lucha revolucionaria es, con toda seguridad, el medio menos adecuado para incorporar al proceso revolucionario a sectores todavía hoy día pasivos. Frente al hecho de la participación activa y actualmente fundamental de los estudiantes en el movimiento capitalista es absurdo —y resultado de una concepción mistificada de lo que significa una clase— el que haya compañeros que discutan a los cuadros estudiantiles su «competencia» en la tarea de desarrollar la teoría socialista.

El lema según el cual el proletariado debe ejercer en todo una función directiva se convierte, en la práctica, en algo caricaturesco si se quiere entenderlo como un mandamiento al que debe someterse todo grupo social, subordinándose al liderazgo y a las iniciativas del proletariado; en vez de entender dicho lema como una *llamada al proletariado,* a fin de que haga justicia a su papel histórico como enterrador del capitalismo, *elevando* su praxis revolucionaria hasta un nivel que le asegure una posición dirigente en la revolución. Pero por el mero hecho de reducir el concepto de proletariado a los obreros industriales dicho lema sufre una total tergiversación.

50

La necesidad de dirección por parte del proletariado se funda en que sólo el proletariado, en virtud de su situación objetiva de clase, introduce en la historia un interés consecuente en la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción, en la superación, sin más, de todo el sistema capitalista. Pero el proletariado, si se le entiende así, abarca a todas las capas sociales privadas, no sólo temporalmente, de toda forma de propiedad capitalista y cuya reproducción se realiza por medio de la venta de su propia fuerza de trabajo. Y el proletariado industrial no es más que parte de dicha clase. Cada vez que elementos de esta clase participan activamente en la lucha revolucionaria, se convierten en parte integrante del movimiento revolucionario del proletariado.

Hace el juego a los enemigos de clase el que, en nombre de un esquematismo abstracto, se pone a impedir o difamar lo que hacen los sectores ya movilizados del campo anticapitalista; o bien se contenta con ignorarlos, argumentando que sólo puede tratarse de anarquistas, de

aventureros blanquistas y pequeños burgueses que se han vuelto rabiosos, ya que el proletariado industrial todavía no ha sido movilizado y todavía no existe la vanguardia que ha de ser formada de entre sus filas.

Esta postura es resultado de una falsa concepción de lo que es la dirección revolucionaria. En vez de reunir a las que son fuerzas revolucionarias importantes, las excluye. Dirigir se convierte en el privilegio de una determinada capa social, en función de una élite. Pero la tarea proletaria de dirigir sólo puede realizarse mediante una vanguardia.

51

Y esta vanguardia no frena la iniciativa de las masas, al contrario, la fomenta y desarrolla. Dirigir consiste en hacer acciones que adquieran un carácter ejemplar, que, por su valor general, transciendan continuamente los límites de la vanguardia. La generalización no puede ser decretada, ni positiva ni negativamente, sino que es el resultado de una revisión constante de la marcha de la lucha de clases.

Según esto, no es vanguardia el grupo que da en llamarse así o que se autointerpreta así, sino aquél en cuyo comportamiento y acciones se orientan las masas revolucionarias. Y en este sentido, la tarea de dirección en el proceso revolucionario por medio de una vanguardia es un aspecto fundamental del mismo.

Esta función, sin embargo, no es algo estático, no se hereda, no es cuestión-de méritos pasados, no tiene nada que ver con un árbol genealógico proletario. Sino que es algo que puede cambiarse constantemente, atribuyéndose hoy a este grupo, mañana a aquel otro. Una agrupación que en la actualidad desempeña una función vanguardista, mañana puede ser de retaguardia. De todo esto se sigue que la determinación de quién representa la vanguardia no puede ser hecha partiendo de un esquema de organización y acción practicado por un sector social tradicionalmente proletario y que haya sido incorporado de una vez para siempre al movimiento. La pregunta sólo puede ser planteada en estos términos: ¿Es el actuar de una determinada agrupación política socialista-revolucionario o no lo es? ¿Tiene o no tiene un carácter de ejemplo para las masas revolucionarias, las pone o no las pone en movimiento?

52

Si nosotros reconocemos el papel desempeñado por los cuadros estudiantiles como una vanguardia en la lucha de los últimos años no es que queramos sobrestimar a los estudiantes. Sigue siendo un hecho el que entre los estudiantes operan nocivamente ciertos influjos de tipo pequeño-

burgués. Pero tampoco esto puede equivaler a un juicio moral sobre los estudiantes en su totalidad. Influjos pequeño-burgueses suponen siempre un riesgo para el movimiento revolucionario y nunca se han de perder de vista. Pueden ser objeto de crítica y de autocrítica, siempre que se patenticen con toda claridad. También aquí, no obstante, tiene validez la frase de Mao: «Curar la enfermedad para salvar al paciente».

Es precisamente en este sentido en que Lenin y Mao se han servido de su desconfianza hacia los intelectuales. No se trata, para ninguno de los dos, de una condena moral de la intelectualidad. Sabían diferenciar muy bien entre intelectualidad revolucionaria e intelectualidad radical pequeño-burguesa. Ambos reconocían abiertamente que los intelectuales revolucionarios son imprescindibles al movimiento revolucionario. No es en modo alguno casual ni carente de importancia para las discusiones actuales el hecho de que los bolcheviques tuvieran que defenderse y abrirse paso entre las acusaciones de «intelectualismo» que se les hacían. Lenin desenmascaró las raíces reformistas de la teoría del «movimiento puramente obrero»:

> «Podemos observar la aparición, ya en las primeras manifestaciones literarias del economismo, de un fenómeno característico en extremo, sumamente peculiar, a la hora de ponernos a esclarecer las diferencias de opinión existentes entre los actuales socialdemócratas, a saber: los partidarios de un "puro movimiento obrero", los adeptos de la vinculación más íntima y "orgánica" con la lucha proletaria, los adversarios de toda intelectualidad no proletaria (incluso si se trata de intelectuales socialistas) se ven obligados a recurrir, para defender sus posiciones, a los argumentos de los burgueses tradeunionistas.»[9]

53

En la actualidad, los diversos puntos de vista en la cuestión organizativa están todavía demasiado poco desarrollados, la praxis es todavía demasiado poco unitaria, las aclaraciones literarias demasiado raras como para poder diagnosticar con seguridad la existencia de una tendencia «neoeconomista». Pero hay que darse cuenta del peligro a tiempo. (¡El reformismo se ha envuelto siempre, en su fase de formación, en un velo de radicalismo verbal!)

Los intelectuales socialistas procedentes de un ambiente en que

[9] Lenin, op. cit., pág. 393.

dominan las relaciones pequeño-burguesas seguro que tienen que apechar con su herencia ideológica, pero el hecho es que muchos se han liberado más de esa herencia —según parece— que no pocos proletarios de nacimiento con respecto de los influjos de la ideología enemiga. Que no se vea en esta constatación ningún reproche contra el proletariado. Pero lo cierto es que hay que corregir no pocas representaciones románticas sobre lo que es el «proletario».

Los revolucionarios, cuyo deber es hacer la revolución, no son producidos «químicamente puros» en una retorta; ni siquiera el cuarto de los niños de carácter proletario equivale a tal retorta. Sino que se reclutan entre una generación deformada necesariamente por su proceso de adaptación a la sociedad burguesa y a merced de los influjos de la ideología de ésta. Escarnece al marxismo el que fuerce el análisis de clase para demostrar que el movimiento estudiantil no es en absoluto revolucionario, en vez de comprender por fin por qué motivos los intelectuales jóvenes han tomado la bandera roja que dejaran caer los obreros; o el que violente el análisis de clase para justificar su pasividad o cobardía, afirmando, ante la marcha hacia adelante de un proceso revolucionario, que no existe movimiento revolucionario alguno ni sombra alguna de gente revolucionaria.

54

El análisis de clase es un instrumento *de partido* en manos de revolucionarios, los cuales se esfuerzan por averiguar mediante un estudio concreto de la situación de clase lo siguiente: qué capas sociales pueden ser ganadas en la actualidad o en un futuro próximo para la lucha revolucionaria, contribuyendo con ello a un cambio de la correlación de fuerzas favorable a la revolución, o bien, qué capas sociales y con qué política pueden ser neutralizadas. El análisis de clase es una parte esencial de la teoría revolucionaria. Y en la época de la marcha ascendente de la revolución socialista mundial, el objeto de esta teoría no va fundado en el «si», sino en el «cómo» de la revolución.

En USA ha comenzado la revolución en los ghettos de las minorías raciales y nacionales. No ha surgido del análisis de teóricos socialistas, sino de las acciones violentas de las masas de los ghettos. Los afroamericanos y sus aliados no habían calculado *antes* la correlación de fuerzas de las distintas clases, ni contado las divisiones de que dispone la contrarrevolución. No habían calculado sus posibilidades. Se han limitado a abandonarse a sí mismos por un momento, dirigiendo su agresividad contra sus opresores. Han prendido el fuego de la revolución en las calles de Vatts,

fuego que no se apagará hasta la victoria final. Sólo a partir de ahora está libre la vía para la concreción de una teoría revolucionaria que no tiene nada que ver con las excrecencias teóricas de los sociólogos sobre la falta total de perspectiva'1 de la «revuelta minoritaria», etc.

55

La situación revolucionaria no surge en el punto en que los sociólogos la reconozcan como tal. Se anuncia por el cambio de objetivos de la agresividad, de una agresividad que se traduce en actos violentos. Estalla cuando la violencia sorda producida por la opresión en los oprimidos, la resistencia violenta contra el sistema explotador, contra la violencia de los señores, rompe las cadenas del desfogue *individual* y adquiere rasgos *colectivos.* La resistencia colectiva es el germen de la revolución. Y una teoría revolucionaria, auténtica tiene que ayudarle a crecer, tiene que darle forma. E! deber de todo revolucionario es captar toda clase de impulso orientándolo hacia una resistencia colectiva de las masas, desarrollándolo, organizándolo, guiándolo, incluso sin perspectivas de victoria.

Lo contrario de un comportamiento revolucionario es la autosatisfacción, el tratar cobardemente de aplacar los ánimos, de aplazar el día de la resistencia para una época futura, «cuando se haya construido y formado una organización de masas». De la chispa más pequeña puede surgir un incendio. Mao no ha «aplazado» la revolución hasta que hubiese acabado sus estudios sobre la aldea china, llegando a la conclusión de las perspectivas que tenía una sublevación campesina y organizando al PCCh conforme a este resultado. Probablemente no se hubiera impuesto nunca su línea.

Contra todas las concepciones teóricas hasta entonces válidas, Mao se puso del lado de los campesinos revolucionarios, tomando la dirección de grupos de bandoleros, organizando la resistencia colectiva contra la violencia del Estado y de los señores latifundistas. Y como *participante* en esta lucha, llegó a reconocer, mediante sus investigaciones, los caminos a seguir por la revolución, elaborando una guía científica para la acción, sin dudar ni un momento de la revolución, de su carácter realizable. En una situación!! aparentemente sin salida, Mao se enfrentó con la dirección del partido, teniendo, finalmente, él solo razón.

56

Ante todo es la voluntad de revolución lo I que hace al revolucionario. Donde falte esta I voluntad, donde no se tenga una visión de I la victoria de los oprimidos sobre sus enemigos, ocuparse del marxismo-leninismo ha

llevado siempre al revisionismo y oportunis-1 mo, acabando en la «duda

metódica», es decir, en la duda ante las masas.

> «El marxismo contiene dos factores , esenciales: el del análisis, de la crítica, y el de la voluntad efectiva de la clase obrera, siendo este último el elemento revolucionario. El que sólo lleve a la práctica el análisis, la crítica, no es representante del marxismo, sino sólo de una parodia, miserable y podrida, de su doctrina.»[10]

Tenemos que apoyarnos primariamente en aquellas masas que ya han tomado la bandera de la revolución en sus manos. Y su lucha, si se lleva como es debido, movilizará y arrastrará consigo a los sectores del proletariado que todavía están al margen. En el curso de este proceso, la fuerza revolucionaria más consecuente y segura, la clase obrera industrial, tomará las riendas del movimiento, garantizando con ello el carácter de revolución socialista del mismo, hasta el final.

No hay otro camino. Nos dejamos llamar con gusto por los «sabios ancianos», los sociólogos, los «viejos locos». Al final seremos nosotros, no ellos, los que desplazaremos, en unión con las masas, las montañas.

57

> «Es verdad que estos montes son altos, pero no pueden hacerse más altos; y se harán tanto más pequeños cuanto más desmontemos nosotros.» (Mao)

[10] Rosa Luxemburg, *Discurso en el Congreso londinense del SDAPR,* Discursos y Escritos Escogidos, vol. I, pág. 287.

59

V. La guerrilla urbana como método de intervención revolucionaria en las metrópolis

Hay que ir haciendo disminuir la montaña de la potencia militar del Estado burgués. No podemos quedarnos a esperar que esta potencia se consuma en una guerra internacional, que sería una guerra mundial. Una guerra de este tipo aniquilaría en Europa Central no sólo al ejército del enemigo de clase, sino también a la población proletaria. Y ya no habría manera de plantear la cuestión de una revolución. Hay que impedir por todos los medios una guerra de este género. Y esto sólo es posible mediante una revolución.

La eliminación del aparato militar burgués no hay que esperar que venga de una guerra internacional, ni tampoco hay manera aquí de lograrla por medio de una sublevación general al modo tradicional; así que nuestras reflexiones tendrán que centrarse en aquellas formas de lucha y tácticas que dejen aparece la posibilidad de un agotamiento paulatino de las fuerzas del enemigo, en el sentido de un desgaste *moral,* posibilitando así también, al mismo tiempo, el desarrollo de la potencia militar del propio proletariado. Nos referimos a la guerra de guerrillas.

60

Excluimos la guerrilla rural, naturalmente. Objeto de investigación será la problemática de la guerrilla posible en nuestros países; la guerrilla de la gran ciudad.

El principio más importante de la guerrilla consiste en que las unidades combatientes encuentren apoyo en el pueblo, «que se hundan en el pueblo, pudiendo nadar en él como los peces en el agua». La fuerza política y militar de la guerrilla surge de las energías revolucionarias de las masas populares.

Estas ideas formuladas originariamente por Mao Tsé-tung han sido interpretadas, por lo general, entre nosotros de forma que se señala la actitud abiertamente hostil de la inmensa mayoría del proletariado frente a la guerra de partisanos; sacando de este hecho la conclusión de que aquí no se da todavía lo que constituye el presupuesto esencial, el más importante, para la marcha de la lucha armada. Lo que se hace es lo siguiente: en vez de estudiar concretamente el significado de este principio, se le absolutiza, anteponiendo el resultado a la investigación seria.

Las enseñanzas de Mao sobre la lucha armada no son una teoría que nos dispense de la obligación de preparar e iniciar dicha lucha; son una *guía,* tan concreta como para dejar patente el camino de la lucha armada, dada la madurez actual de la formación social de signo capitalista, en todos los sitios y en todas las circunstancias en que se agudicen las luchas de clase.

El enraizamiento de la guerrilla en el pueblo presenta un aspecto político y otro militar, los cuales, si bien son distintas caras de una misma unidad, precisan, sin embargo, de un estudio diferenciado. Los adversarios militares de las unidades de partisanos son la policía y el ejército. Ellas mismas deben estar siempre en situación de fluidez. Sólo pueden sobrevivir a condición de que se mantengan ocultas a los ojos del enemigo.

61

Si se trata de una guerrilla rural, se tienen que esconder en regiones apartadas, de difícil acceso, o sumergirse, inmediatamente después de haber dado un golpe al enemigo, entre el pueblo, apareciendo como parte integrante de la población rural. En ambos casos, su abastecimiento sólo puede ser asegurado por la población, lo que implica la existencia en ella de elementos informados y prestos a ayudar. Se precisa un apoyo todavía mayor para poder confundirse con la población rural.

Pero la cosa es diferente tratándose de una gran ciudad. Esta ofrece todos los medios de aprovisionamiento, de manera que no es necesario que las unidades de partisanos salgan, para procurárselos, de la clandestinidad. Después de cada acción pueden retirarse a sus refugios ya preparados de antemano, sin tener por qué depender de la ayuda de la población. Tomando las precauciones debidas, sus movimientos por las calles de la gran ciudad pasarán inadvertidos, no diferenciándose en absoluto de la corriente normal del resto de la población. El anonimato de la gran ciudad es factor determinante de la guerrilla urbana. En la gran ciudad se pueden mantener con más facilidad que en otros puntos geográficos contactos clandestinos con informadores, simpatizantes y partisanos que desempeñen tareas especiales dentro de las mismas instituciones del enemigo. No dependen de la actitud de la población que no participa directamente en dichas acciones.

Una ventaja decisiva de la gran ciudad estriba en el hecho de que el campo de operaciones y el de base militar forman una unidad. Los informes que se necesiten pueden procurarse con más facilidad y menos riesgo. La gran ciudad presenta, además, una concentración masiva de objetivos de ataquen Si una guerrilla rural sólo puede afectar a algunos puntos aislados, en la gran ciudad está al descubierto todo el flanco del enemigo. Y éste no

sabe qué parte será objeto de ataque. Ya que en la gran ciudad todos los objetivos son accesibles a los partisanos, el enemigo no tiene más remedio que proteger a todos a la vez. Y su pretensión de estar en todos los sitios simultáneamente tiene como consecuencia el que en ningún lado se presente lo suficientemente fuerte. Unos pocos combatientes pueden traer en jaque a grandes contingentes de fuerzas enemigas.

62 Por medio de acciones apropiadas, la guerrilla debe dejar muy claro que sus ataques se dirigen, por principio, contra *todas* las instituciones del enemigo de clase, todos los puestos de administración y de policía, contra los centros directivos de los *trusts,* pero también contra los altos funcionarios de dichas instituciones, contra jueces, directores, etcétera; dejar muy claro que la guerra se llevará hasta los barrios residenciales de los señores. Así es cómo el enemigo se ve obligado a desintegrar literalmente sus fuerzas por todo lo largo de este frente invisible, mientras que la guerrilla opera sólo, tácticamente, sin descanso, en puntos especialmente escogidos de toda esa inmensa línea de combate; allí concentra la guerrilla sus fuerzas, pudiendo ser superior al enemigo en un punto determinado. Utiliza la sorpresa como arma, y es ella la que determina el tiempo y el lugar de las operaciones.

Las posibilidades operacionales del enemigo se ven fuertemente limitadas en una gran ciudad de su propio terreno. Los generales mandarían a un elefante por las calles de la ciudad a la caza de un mosquito. Todo el aparato técnico que hace aparecer bajo una luz tan siniestra al poder de la contrarrevolución en parte no podrá ser empleado; es más, impedirá la movilidad del enemigo, su rapidez y capacidad de intervención.

63 En una zona rural apartada, sólo hay unos pocos hombres en el campo de operaciones. Se puede supervisar el círculo de los sospechosos, se pueden hacer las razzias más certeras. Y en caso de duda, las tropas encargadas de la represión no lo pensarán dos veces si se trata de liquidar aldeas sospechosas en su integridad, por medio del bombardeo y de deportaciones.

Pero en la gran ciudad es difícil detectar a las unidades combatientes. Las razzias tienen pocas veces éxito; su único fin es, más bien el demostrar ante la población la presencia de la violencia estatal. Los bombardeos son algo prácticamente impensable, y serían, de realizarse, totalmente inútiles. Si las zonas rurales en que operan partisanos pueden ser declaradas por la contrarrevolución prácticamente como territorio enemigo, recibiendo el

tratamiento correspondiente, esto no es posible hacerlo, en modo alguno, en la gran ciudad, donde viven también las máscaras del capital y de su aparato de dominación. Los éxitos de la policía o del ejército sólo son posibles por casualidad, traición, errores tácticos o por la captura de algún comando en el curso de las operaciones.

Ha dejado de ser una pura especulación afirmar que la formación de comandos armados es siempre posible en grandes ciudades. Pero su surgimiento es, con todo, únicamente el comienzo de todo un proceso, para cuyo desarrollo se tienen que dar todavía otras muchas condiciones, las cuales revisten un carácter sobre todo político. La más importante de ellas es la vinculación de la guerrilla a las luchas económicas y políticas de las masas. La guerrilla sólo podrá sobrevivir si de esta vinculación se hace un núcleo esencial de su estrategia, sólo así se podrá desarrollar.

64

> «Ya que las unidades de partisanos surgen generalmente, en una guerra de resistencia, de la nada y se desarrollada partir de algo pequeño, sirve para ellas no sólo el principio de mantened se, sino también el de crecer incesantemente.»[11]

Las condiciones para la realización de este principio sólo se pueden estudiar si uno se representa, a grandes rasgos, el proceso de superación del poder capitalista.

Actualmente, se empiezan ya a perfilar, con mayor o menor claridad, los rasgos característicos de la escena revolucionaria internacional. El desarrollo revolucionario ya no va más de la huelga general a una sublevación militar; parte más bien de acciones de comandos, pasando, mediante la creación de centros de resistencia, a la formación de milicias, a la desorganización y desmoralización de las fuerzas armadas de la represión, logradas a través de una pequeña guerra, larga y agotadora.

Sólo en la fase final pueden desempeñar una función de apoyo acciones —huelgas) manifestaciones, barricadas, etc.—, una función subsidiaria, pero, no obstante, muy importante, comportando decisiones fundamentales y llevando al completo desarme de los órganos represivos. Una evolución de los acontecimientos ya prevista por Engels:

---

[11] Mao Tsé-tung. *Problemas estratégicos de la guerra partisano,* en Obras Escogidas, vol. II, pág. 87.

> «Esta (la sublevación general) tendrá lugar, por ello —por el desarrollo alcanzado por la técnica de la guerra y el desplazamiento de los frentes de las clases— raramente a los comienzos de una gran revolución; arribará, más bien, en un estadio más avanzado de la misma, y tendrá que ser realizada invirtiendo mayores fuerzas.»[12]

65

En la fase inicial surgen grupos aislados de partisanos, descentralizados e independientes entre sí, que emprenden algunas acciones de comando. Es necesario que tales grupos se multipliquen en gran número por os puntos de mayor aglomeración de la población, a fin de obligar al enemigo, ya desde el principio, a tener que desperdigar sus fuerzas, sobrecargando su aparato indagatorio.

Al mismo tiempo, dichos grupos deben establecer contactos entre sí y coordinar sus acciones, para poder así emplear sus fuerzas de una forma más efectiva y certera. Estos contactos serán el presupuesto que haga posible la formación de centros locales de resistencia. Una vez alcanzada, mediante esta táctica, una atenuación de las fuerzas enemigas, entonces será el momento de ponerse a crear, si las circunstancias acompañan, grupos milicianos clandestinos a nivel local. ¿Que cómo puede uno figurarse esto?

Si los comandos proceden con una táctica correcta lograrán que las fuerzas de represión, sobre todo, las de la policía, se vean obligadas a abandonar el sistema del patrullaje por parejas en cada uno de los distritos, y que sólo puedan moverse en grupos con más potencial bélico, es decir, el enemigo tendrá que renunciar en parte a la dispersión de sus fuerzas.

66

Pero esto último significa que el enemigo ya no está más en condiciones de proteger y controlar eficientemente todos los sectores y en todo tiempo. Tienen que retirarse —por lo menos provisionalmente, de forma repetida— de determinados distritos de la ciudad. Y para mantener lo más bajo posible la pérdida de control, tendrá, por otra parte, que dotar a sus patrullas con el mínimo de personal, para poder aumentar as: el número de las mismas. La guerrilla podrá concentrar en un punto fuerzas suficiente —provistas de armas automáticas—, batiendo así con éxito a tales patrullas. De este modo, el enemigo se verá obligado de nuevo a incrementar la dotación de cada grupo y al mismo tiempo, a reducir su campo de patrullaje, evitando algunos

---

[12] F. Engels, en el Prólogo de *Las luchas de clases en Francia, de 1848-1850.*

puntos poco favorables, concentrándose en otros radicales; descuidando, al hacerlo, otros objetivos, etc.

En estas circunstancias, la guerrilla están en condiciones de demostrar, de modo impresionante y ejemplar, lo siguiente: que el aparato represor del Estado ya no puede, en determinados sectores, proteger de forma eficiente y duradera los intereses de la clase poseedora. Y en dichos sectores, la organización política del proletariado podrá ponen manos a la obra y rechazar la dominación de los grandes propietarios. Así como el Estado no está en condiciones de poner detrás de cada obrero a un policía, tampoco está en condiciones de proteger a cada capitalista, a cada funcionario del Gobierno, a cada juez, a cada oficial, destinando a cada uno de ellos un centinela armado.

Y si cada explotador comprende por fin que el Estado ya no puede seguir garantizando su seguridad personal, es más fácil, hacerle simultáneamente comprender también, por medio de una política adecuada, lo siguiente: que, salvadas ciertas condiciones, los asalariados están dispuestos a garantizar, mediante su organización política, su seguridad personal y su actividad científica si se mantiene entre determinados límites, durante todo el período de transición, hasta que se realice la radical transformación socialista de los procesos de producción y distribución.

67

Es evidente que los comandos guerrilleros que actúan exclusivamente en la clandestinidad y en todos los sectores únicamente pueden crear los presupuestos generales que hagan posible una tal evolución de las cosas; que las posibilidades de un desarrollo fáctico de su poder sólo pueden ser percibidas por grupos «aborígenes», enraizados en el correspondiente sector de producción o bien en un barrio determinado, gente que puede trabajar abiertamente dentro de las organizaciones políticas de masas. Esta gente tendrá que revisar el comportamiento de los explotadores de su «zona», manteniendo viva además, mediante acciones en parte manifiestas, en parte solapadas, la conciencia de la presencia constante del poder armado del pueblo. Deberá estar en condiciones de reaccionar inmediatamente ante las trasgresiones de algún explotador con respecto a las líneas de conducta que le han sido marcadas por las masas, procediendo gradualmente, al principio con acciones propagandísticas (octavillas, pintadas, etc.), llegando incluso a actos de sabotaje; de manera que los que propiamente constituyen los comandos guerrilleros sólo tengan que ser llamados excepcionalmente para el desempeño de acciones punitivas a nivel de sector.

A la clase propietaria se la puede poner, por obra de las organizaciones proletarias, un impuesto para instalaciones comunitarias (jardines de infancia, centros sanitarios, hogares juveniles, etc.). La tarea de los grupos milicianos consiste en asegurar el cumplimiento de estas obligaciones, poniendo en juego, con el concurso de los comandos, los «medios de convencimiento» que resulten apropiados, metiendo en cintura a los explotadores que se resistan.

68

De esta forma se puede ir logrando una despotenciación progresiva del propietario urbano, una bajad! de los alquileres, la administración colectiva de las casas en renta por obra de los mismo: inquilinos, una protección eficaz contra el despido de los obreros, y sobre todo contra medidas tomadas a causa de la actividad política en las fábricas, etc., etc. Y en el caso de que los afectados se dirijan al Estado pidiendo protección, hay que dejarles clare con toda contundencia y rapidez, que el Estado ya no está más en condiciones de garantizar eficientemente tal protección. La clase propietaria tendrá que admitir, final mente, que puede vivir más tranquila y se gura si respeta los intereses de las masas y se aviene a concertar los compromisos que aquéllas le ofrecen.

De esta forma, a través de una colaboración de guerrilla y milicias, se deberán asegurar las acciones de los asalariados contra el capital en cualquier sector de la producción. Hay que demostrar que toda pretensión de valerse del aparato represivo del Estado contra acciones de los trabajadores di las fábricas conlleva, necesariamente, uni serie de sanciones contra la propiedad y L persona de los responsables. Al mismo tiempo, se tendrá que eliminar, por medio de la correspondientes acciones de la guerrilla, e privilegio de que gozan los funcionarios clave del aparato represivo del Estado. De este modo no surgen, es verdad, «territorios liberados», en el sentido estricto de la expresión, pero sí se muestra el poder real de la masas; poder que si bien puede ser reprimido mediante un despliegue masivo de la fuerzas contrarrevolucionarias, reaparece inmediatamente después de la marcha, inevitable, de las fuerzas armadas encargadas d la represión.

69

VI. Terror contra el aparato de dominación, elemento necesario de la lucha de las masas

Suponiendo que los comandos surgidos en la primera fase sigan una política justa, las masas comprenderán rápidamente el papel de la acción armada como medio eficaz de asegurar sus intereses. Esta conciencia se desarrolla únicamente en el transcurso de la lucha y a través de la lucha. En la medida en que se vaya generalizando la comprensión de la necesidad de la lucha armada, se irán formando cada vez más células militares; el conjunto de todas ellas representará ya para el enemigo un tejido impenetrable, irán reuniendo más y más experiencias operacionales y tácticas en la lucha contra las fuerzas represivas, traduciéndolas luego escalonadamente en la práctica.

La solidaridad necesaria de las masas trabajadoras en todo este proceso es la palanca más poderosa para lograr una paulatina desmoralización de los mercenarios enemigos. Cada vez se dejarán movilizar en menor número para la labor de represión estatal. Todos aquéllos que ven en la profesión de policía o de soldado un trabajo cómodo, irán comprendiendo poco a poco los riesgos que comportan esas profesiones en las circunstancias actuales. Cada vez las fuerzas armadas de la represión se irán aislando más en el curso de este proceso.

70

Todavía de forma más rápida se irá esfumando la moral de las instituciones de la «represión en serie», en las oficinas de la Administración, si por doquier se llama a rendir cuentas de sus actos a los rutineros anónimos, cobardes, sin sangre ni imaginación, encargados de la represión administrativa. La guerrilla actuará, en este punto, conforme a la máxima: «¡Castiga a uno y educarás a cientos!». La dominación de la clase propietaria, la violencia represiva estatal se funda en la docilidad de los oprimidos que ocupan los puestos de transmisión del aparato represivo. Y esta docilidad se basa, a su vez, en el miedo de aquéllos que se han decidido por una carrera profesional dentro de este aparato.

La dominación del capital es impensable sin todo este ejército de «cagados», que compensan su propia inferioridad mediante el sadismo con que tratan a la «gente humilde». Las fuerzas revolucionarias proclaman la

responsabilidad *personal* en que cae toda esta gente en caso de acciones enemigas del pueblo, en toda traición que se haga a los intereses de la población trabajadora. Hay que irles exigiendo cuentas, con golpes certeros y graduales, para que paguen sus crímenes. Su cobardía se convierte así en una palanca que causa aceleradamente la caída del poder enemigo. La guerrilla no dejará en paz a los beneméritos sociales que aterrorizan a la juventud proletaria con sus internados «educativos»; no dejará tranquilos a los maestros que sostienen el funcionamiento de la fábrica formativa, autoritaria y enemiga del pueblo, de las escuelas; no dejará descansar a gusto a los jueces que concedan a los propietarios de casas el derecho a alquileres usurarios y al desalojo de sus inquilinos y confirmen los despidos de obreros; no sé olvidará de los fiscales que acusen a los proletarios porque han tomado de nuevo una parte de aquello que anteriormente les había arrebatado el capital.

71 ¿Pero no es esto «terror individual», corruptor de todo movimiento revolucionario? ¿No nos acarrea esta concepción la maldición de los antepasados revolucionarios? ¿Es que hemos olvidado ya o no hemos comprendido las polémicas sostenidas por Lenin contra los Narodniki?

El que nos grite «¡terror!», el que señale con el dedo a los partisanos y los denuncie como «anarquistas, blanquistas, desesperados», o como unos «salidos» y «románticos», lo único que muestra es el terror que le causa la tarea revolucionaria.

Los malentendidos de las concepciones de Lenin sobre la cuestión del terror son legión. Lo único que en este aspecto ha encontrado amplia difusión es la total ignorancia de lo que Lenin ha dicho de hecho sobre el terror revolucionario. Si hoy día se plantea en alguna ocasión la cuestión del castigo de líderes militares o civiles de la contrarrevolución, los «letrados» del movimiento empiezan a menear su matamoscas. Y se corta por lo sano toda discusión sobre este tema, argumentando que tales acciones de castigo se deben incluir en el apartado del «terror individual»; y como es sabido, Lenin sometió a una crítica demoledora esta modalidad terrorista, en sus disputas con los Narodniki y los partidarios de Bakunin, calificándola de pecado mortal para todo revolucionario socialista. Así es como citas de Lenin son utilizadas de sucedáneos de la propia reflexión. ¿Y quién querría contradecir al «gran maestro»?

72 De modo que a través de decenios se ha ido transmitiendo el colosal

malentendido de que la concepción de Lenin sobre el «terror individual» se refiere a acciones de castigo contra funcionarios individuales del aparato de represión estatal; es decir, que el adjetivo «individual» apunta al *objeto* de un ataque, al individuo, que se lo ha ganado como jefe de policía o fiscal del Estado al servicio de la contrarrevolución. En este mismo contexto se cita frecuentemente la teoría marxista sobre el papel de la personalidad en la historia, a fin de demostrar que la opresión no viene del jefe de policía X o del juez Y; es únicamente del sistema explotador del capitalismo de donde dimana, y dicho sistema no queda eliminado con la eliminación de X o de Y, porque su puesto otros lo pasarán a ocupar en seguida. Y si la discusión se entabla con socialistas revolucionarios, éstos se apresurarán a admitir la necesidad y carácter inevitable del terror revolucionario en general. Pero la lógica de su argumentación va a parar inevitablemente a la afirmación de que, ¡por favor!, no son las personas particulares, los individuos los que han de ser objeto del terror, sino masas de individuos que presenten las debidas características.

Lenin estaría aterrado. Toda la discusión surge de hecho de un malentendido verbal, cosa que, por cierto, parece que agrada a más de uno. En lugar de ceder ante los reflejos de nuestro super-yo, lo que deberíamos hacer es reflexionar con objetividad sobre el problema del terror como momento Revolucionario, examinando después si lo que piensa Lenin al respecto está en contradicción con nuestros resultados. Cuando Lenin critica con toda una serie de argumentos convincentes el «terror individual», el adjetivo «individual» no se refiere al *objeto* del ataque, sino al *sujeto* del mismo. La crítica va dirigida contra el combatiente aislado de las masas y de las organizaciones revolucionarias del proletariado, y que es, por ello, francotirador; contra el individuo que no ha hecho más, *objetivamente* considerado, que dar salida a su odio personal contra un régimen enemigo del pueblo, pero que no hace la lucha revolucionaria de las masas proletarias.

73

Lenin tuvo que plantar batalla en aquel entonces a toda una corriente de gran envergadura en Rusia, la cual creía que la movilización revolucionaria de las masas populares podía prescindir de su organización dentro de un partido revolucionario, pidiendo liquidar mediante acciones conspirativas de individuos pequeño-burgueses radicales la autocracia del zar. Dentro de la burguesía rusa de finales del siglo XIX esta tendencia era algo imparable. Habiendo sido saludada todavía por Karl Marx como precursora de la revolución que se iba cuajando, ahora se convertía en un peligro para el

desarrollo revolucionario ruso; pues con la implantación de la gran industria en el país, se habían creado los presupuestos para una organización autónoma del creciente proletariado industrial y para una estrategia revolucionaria independiente del partido obrero dentro del marco de la revolución democrático-burguesa. Y sucedió que los elementos activos de la clase trabajadora fueron absorbidos por los círculos de conspiradores de carácter radical pequeño-burgués, impidiendo así el progreso del proceso revolucionario.

La base material del terrorismo de características pequeño-burguesas residía ya en la contradictoria situación de clase de la burguesía rusa; una clase que oscilaba entre la revolución contra la autocracia y la represión contrarrevolucionaria del proletariado, su aliado natural en la lucha contra el zarismo.

74

> «Esta relación contradictoria encuentra su expresión adecuada en el hecho de que en esta revolución formalmente burguesa la antítesis de sociedad burguesa y zarismo sea dominada por la antítesis de sociedad burguesa y proletariado, en el hecho de que la lucha del proletariado se dirija simultáneamente, con la misma fuerza, contra el absolutismo y la explotación capitalista...»[13]

La burguesía tenía mucho que temer, por una parte, de la movilización y organización del proletariado, pero por otra dependía de las masas obreras como carne de cañón que eran en revuelta contra el zarismo. Los ideólogos del terrorismo pequeño- burgués creían poder entusiasmar a las masas y empujarlas a las barricadas por medio de un «terror excitante», reservándose para ellos la tarea de mandar a casa, después de librada la batalla, a los combatientes de las barricadas, devorando ellos solos los frutos de la revolución. Los populistas no eran, en absoluto, conscientes de estas conexiones, pues para serlo se hubiese necesitado de un clarificador análisis marxista, que habría hecho perder pie a su ideología.

Sólo teniendo en cuenta este contexto histórico se puede entender la repulsa de Lenin ante el «viejo terrorismo» —como él lo designara más tarde—, e incluso considerarla justa. Objetivo de su crítica era la ideología y forma de lucha burguesas en su conjunto, para las que se había convertido

[13] Rosa Luxemburg, *La teoría y la praxis,* en "Neue Zeit", año XXVIII, vol. II, 1910.

en algo característico los actos terroristas espectaculares. Y faltando como faltaba todavía entonces una organización proletaria revolucionaria autónoma, no era posible aún hablar de un «terror rojo» organizado, como consecuencia de .su propia estrategia de clase.

75

Lenin no se había enfrentado todavía con la temática de *esta* forma de lucha. Esto podría ser la razón de que él mismo proporcionase, con más de una formulación, material para las falsas interpretaciones que se le han dado más tarde al tema. Lo cierto es que la actitud de Lenin sobre el terrorismo *revolucionario* no puede ser sacada de trabajos suyos en que él no se ocupa en absoluto de esta cuestión. Para esto habría que volver a leer los artículos que tratan de esta temática.

> «El terror tiene que fundirse, en la práctica, con el movimiento de masas.»[14]

A principios de 1905, los socialrevolucionarios, herederos de la tendencia de los Narodniki, proponían a los bolcheviques una alianza, queriendo incorporar con ella su método de lucha —el terrorismo— al movimiento proletario. En dicha propuesta se puede leer:

> «¡Ojalá esta incipiente fusión del terrorismo revolucionario y del movimiento de masas crezca y se robustezca, ojalá las masas entren en liza pronto provistos de métodos combativos terroristas!» [15]

En su toma de postura con respecto a este escrito, Lenin expresa su esperanza «de que los intentos de llevar a término una tal comunidad combativa se hagan realidad lo antes posible.»[16]

76

En otro lugar Lenin se enfrenta decididamente con el falseamiento de que ha sido objeto su polémica con los populistas; por ejemplo, en un artículo sobre la guerra de partisanos, de fecha 30 de septiembre de 1906. Es importante saber en qué modalidad de lucha pensaba Lenin al hablar de la guerra de partisanos:

---

[14] *Obras,* vol. VIII, pág. 175.
[15] Lenin, *Obras,* vol. VIII, pág. 151.
[16] Ibídem.

> «La modalidad que aquí nos interesa es la lucha armada. Llevada a cabo por algunas personas y pequeños grupos. Parte de ellos pertenecen a organizaciones revolucionarias, parte (la mayoría, en algunas regiones rusas) no están integrados en ninguna organización revolucionaria. La lucha armada persigue dos objetivos *diferentes,* que hay que distinguir *tajantemente*: esta forma de lucha tiene como meta, primeramente, la muerte de personas individuales (!), superiores o subalternos al servicio de la policía y del ejército, y, en segundo lugar, la incautación de dinero, tanto del Gobierno como también de personas privadas. Y de los bienes incautados una parte va a parar al partido, otra se emplea sobre todo en la adquisición de armamento y preparación de la sublevación, y otra para el mantenimiento de las personas que lleven a cabo esta forma de lucha que hemos descrito...»[17]

Lenin se ha declarado a favor, sobre todo, del objetivo mencionado en primer lugar, es decir, la liquidación de funcionarios individuales del aparato represivo. Repetidas veces Lenin se refiere a la resolución sobre la cuestión de la guerra partisana aprobada en el Congreso de Unificación del Partido (1906); considerando improcedentes las expropiaciones de la propiedad privada, teniendo las de la propiedad estatal, sin embargo, a pesar de no recomendarlas, por procedentes en casos determinados, y recomendando expresamente las «acciones terroristas de partisanos contra representantes del Régimen de violencia y contra las activas "centurias negras"».

Lenin escribía acerca de esta resolución:

77

> «Nosotros consideramos esta resolución, en principio, justa, señalando su coincidencia con las reflexiones hechas por nosotros en el artículo "La guerra de partisanos"...»[18]

Y todavía más claramente:

> «La resolución sobre los partisanos reconoce... el "terror" que tiene como fin la muerte del enemigo... Se reconoce, junto al trabajo dentro de las masas, la lucha activa contra los atropelladores, es decir, se aprueba sin duda su muerte por medio de "acciones partisanas".

---

[17] Lenin, *La guerra de partisanos,* Obras, vol. XI, pág. 205.
[18] *Obras,* vol. XI, pág. 214.

> Aconsejamos a los numerosos grupos combativos de nuestro partido poner punto final a su inactividad, emprendiendo una serie de acciones partisanas... procurando un mínimo de "riesgo a la seguridad personal" de ciudadanos pacíficos y un *máximo* de daño a la seguridad personal de espías, *activos* centuriones negros, altos oficiales de la policía, del ejército, de la Marina, *y demás de este tipo.* Hay que confiscar armas y municiones que se encuentren en manos del enemigo *siempre* que se ofrezca la posibilidad de hacerlo. Por ejemplo: los policías tienen armas que son del Gobierno. Ahí tenemos una oportunidad...»[19]

78

Y Lenin sigue resumiendo, como si ya hubiera percibido las exteriorizaciones de agrupaciones que se autodenominan «marxistas-leninistas»:

> «La valoración que normalmente se hace de la lucha aquí mencionada va a parar siempre a lo mismo: esto es anarquismo, blanquismo, el viejo terror, se trata únicamente de acciones de personas individuales desconectadas de las masas, tales acciones desmoralizan a los obreros, alejan de ellos a amplios sectores de la población, han desorganizado al movimiento, han dañado la revolución...»

A esta valoración él la califica, de una forma que no puede dar lugar a duda alguna, de «falsa, ahistórica y acientífica»; dejando muy claro que más desmoraliza la *carencia de resistencia* que una lucha organizada de partisanos, la cual representa una modalidad de lucha inevitable, *en los mayores o pequeños espacios de tiempo que median* entre las «grandes batallas».

> «No se desorganiza al movimiento por medio de acciones partisanas, sino por la debilidad del partido, que no sabe tomar en su propia mano estas acciones... Nuestras quejas sobre la debilidad de nuestro partido en relación con la sublevación... Toda condena moral de la guerra civil es, desde un punto de vista marxista, totalmente improcedente. En una época de guerra civil el ideal de partido proletario es un *partido que dirija la guerra...* Nosotros exigimos, en nombre de los principios fundamentales del marxismo: que uno no se escabulla a la hora de

[19] Op. cit., pág. 153.

> hacer un análisis sobre las condiciones de la guerra civil echando mano de frases ya muy sobadas y rutinarias, como anarquismo, blanquismo y terrorismo, que no se utilicen los métodos insensatos aplicados en acciones partisanas por esta o aquella organización... en un momento dado para disuadir a los socialdemócratas de participar en la guerra partisana...»[20]

79

Esta guerra de partisanos es, según Lenin, la «lucha armada organizada, planeada, inspirada por una idea, *políticamente educadora»*.[21] Aunque es verdad que las consideraciones morales están fuera de lugar en una polémica marxista, queremos citar, con todo, por la amplitud de su punto-de vista, las siguientes manifestaciones de Lenin:

«Cuando veo que a un teórico o publicista socialdemócrata no le causa la menor sombra de tristeza el hecho de esta deficiente preparación (para la guerra partisana), sino, al contrario, una orgullosa autosatisfacción, complaciéndose en la repetición de frases aprendidas en su más tierna juventud sobre anarquismo, blanquismo y terrorismo, me pone enfermo este rebajamiento de la doctrina más revolucionaria del mundo...»[22]

En su artículo «Las enseñanzas de la sublevación de Moscú», Lenin emplea el concepto de «terror de masas» refiriéndose a las susodichas acciones partisanas, y escribe:

80

> «La guerra de partisanos, el terror de masas que tiene lugar por todas partes de Rusia después de los acontecimientos de diciembre (sofocamiento militar de la sublevación de 1905), sin concederse descanso alguno, es sin duda algo que ayudará a enseñar a las masas a aplicar la táctica correcta a la hora de la sublevación. La socialdemocracia tiene que aprobar este terror de masas, integrándolo en su propia táctica...»[23]

Ningún marxista puede tomar otra postura ante la cuestión del terror revolucionario. Dicho terror no se dirige, naturalmente que no, contra el pueblo, contra las masas, ni siquiera contra aquellas capas de la población

---

[20] Lenin, op. cit., pág. 206 ss.
[21] Lenin, op. cit., pág. 222.
[22] Ibídem.
[23] Lenin, Obras, vol. XI, pág. 163.

que si bien están cerca del proletariado por su forma de vida y su situación de clase no se pueden decidir de una vez a participar en el movimiento revolucionario. El terror revolucionario apunta *exclusivamente* a los exponentes del sistema de explotación vigente y a los funcionarios del aparato de represión, a los jefes civiles y militares y cabecillas de la contrarrevolución. La concepción de que la opresión no depende del humor de los que ostentan las máscaras del sistema capitalista, sino de las mismas leyes que presiden esta formación social, es, verdadera, sí, pero sólo representa una verdad a medias.

Este sistema se encarna en personas, hace de éstas sus órganos, dichas personas se identifican incluso *personalmente* con su función en el aparato represivo, convirtiéndose así en enemigos del pueblo. El sistema opera y actúa por medio de estos enemigos del proletariado. Si se quiere destruir al sistema hay que dejar fuera de combate a sus órganos. No hay otro camino. Los señores se sirven del miedo que suscitan con su terrorismo para mantener dóciles a los proletarios.

¿Qué nos obliga a descartar el que los oprimidos, a su vez, se sirvan igualmente del miedo que mediante su terror infunden a sus enemigos para liberarse por fin a sí mismos?

83

VII. ¡Descubrir dónde reside la fuerza "concreta" de las masas populares, vencer la resignación de las masas!

A diferencia del *putsch,* «el terrorismo no es un procedimiento sumario para revolucionarios que les permitiera ahorrarse los esfuerzos del trabajo político; el terrorismo crea, más bien, ante todo, la necesidad y las condiciones de dicho trabajo, siendo, por ello, su *punto de partida.* Los sublevados deben asumir la función de una organización política de vanguardia, si es- que no quieren quedar aislados y ser barridos de la escena. La guerrilla tiene que hacerse escuela de la praxis política, presentar toda una serie de cuadros revolucionarios, elaborar sobre el terreno un programa de transición que esté en correspondencia con la concienciación lograda por las masas, y permanente en la medida en que el grado de conciencia crezca y sea retocado en la lucha y por la lucha».[24]

La protección de los intereses y acciones de las masas por medio de grupos armados tiene una importancia fundamental a la hora de la formación y consolidación de nuevos modos de organización política de las masas. Y aquí tiene una validez general la frase de Mao:

84

> «Todo comunista debe comprender la verdad: el poder político surge de los cañones de los fusiles. Nuestro principio dice así: el partido manda sobre los fusiles y nunca debe permitirse que los fusiles manden sobre el partido. *Tiene uno fusiles, entonces ya puede uno ponerse a crear de verdad organizaciones de partido...* entonces podrán surgir también cuadros, levantarse escuelas, crearse una cultura, podrán emerger movimientos de masas.»

La organización así surgida del proletariado revolucionario estará en condiciones, apoyada en la fuerza de los fusiles, de ir deteriorando las fuerzas armadas de la opresión, acabando finalmente con ellas, sin dejar rastro. En los últimos decenios, el enemigo ha quebrado frecuentemente con sus fusiles el espíritu combativo del proletariado, ha diezmado a los cuadros

[24] André Gorz, "Enseñanzas revolucionarias riel Mayo", en *Revolución en Francia. 1968,* pág. 86.

revolucionarios, los ha desmoralizado. Los revolucionarios habían perdido las ganas de luchar porque estaban inermes, a merced de los fusiles del enemigo. En el enfrentamiento último entre clases lo único que cuenta son los fusiles.

Los mercenarios del capital sólo respetarán y temerán a los obreros si éstos tienen fusiles en sus manos. El poder del enemigo es limitado. Depende de los hombres que actúan la palanca de su aparato represivo. Las máquinas de muerte del capital, perfeccionadas y técnicamente complicadas son inocuas si faltan los hombres que las ponen en funcionamiento.

Si, en el pasado, alguna vez el proletariado alemán se levantó con las armas en la mano, contra el capital, la acción fue realmente algo heroico, pero la lucha se desarrolló conforme a principios tácticos falsos y sin perspectivas estratégicas. La valentía y el orgullo parecía que mandaba a los combatientes revolucionarios enfrentarse abiertamente con el enemigo y aguantar hasta la última bala. El resultado no nos puede maravillar. La revolución proletaria no es un torneo feudal.

85

La burguesía nunca se ha comportado todavía, en su larga historia, de un modo caballeresco con el proletariado. ¿Qué podría mover a un revolucionario a actuar conforme a los códigos de honor en la lucha contra un enemigo sin escrúpulos, cobarde y taimado? Código de honor que los mismos señores han inventado, para ventaja suya, pero al cual nunca se han atenido ellos mismos. En un artículo escrito en 1857 sobre la guerra anglo-china, Engels se enfrentaba con el hipócrita clamoreo de los liberales ante los métodos empleados en la lucha de partisanos. Engels recalcaba que el pueblo chino había encontrado en el método de lucha partisana algo que de seguir siendo practicado haría imposible una victoria inglesa. Escribía como sigue: «...ahora la masa del pueblo participa activamente, es más, hasta fanáticamente, en la lucha contra los extranjeros. Han envenenado, masivamente y con toda frialdad, el pan de la colonia europea de Hong Kong... Se ha dado el caso de chinos que han subido, provistos de armas ocultas, a bordo de barcos mercantes, y en el trayecto han liquidado a la tripulación y a los pasajeros europeos y se han apoderado de los barcos. Se apoderan de todos los extranjeros que se les ponen por delante y los matan... ¿Qué podrá hacer un ejército frente a un pueblo que recurre a tales métodos de guerra?...

86

Los tenderos de la civilización, que no dudan en bombardear una ciudad

indefensa y que añaden al asesinato la violación, puede que califiquen estos métodos de cobardes, bárbaros y crueles; pero qué más les da a los chinos, si les aportan, como así ocurre, éxitos... Si a sus secuestros, asaltos y carnicerías nocturnas se las ha de tener, según nuestras concepciones, por acciones cobardes, los tenderos de la civilización no deben olvidar lo siguiente: los chinos, como ellos mismos han demostrado, no pueden valerse de los medios ordinarios de combate frente a toda la máquina europea de destrucción... Así que en vez de ponerse a moralizar sobre las horribles crueldades cometidas, como hace la prensa, harían mejor en reconocer que, en este caso... se trata de una *guerra del pueblo...* Y en una guerra de todo el pueblo no se puede hacer un juicio de valor de los medios empleados por la nación en armas, ni conforme a las reglas comúnmente admitidas en guerras regulares, ni conforme a cualquier otra norma abstracta...»[25]

En la revolución domina un principio supremo, que se enuncia así: desarrollar y mantener las fuerzas del pueblo, aniquilar las fuerzas del enemigo. En este principio se encierra toda la estrategia y táctica del «Ejército Rojo». Si el enemigo aparece formado y masivamente, no encontrará a la guerrilla y por lo tanto no la podrá combatir. Pero cuando los mercenarios del enemigo se desparramen, cuando estén confiados y aislados, cuando retornen a sus viviendas, los partisanos les esperarán allí y les exigirán cuentas. Los ataques de la guerrilla no se deben dirigir, en lo posible, contra simples soldados, sino contra sus oficiales y funcionarios dirigentes. Para todos éstos no deberá haber ya más un territorio pacificado, una «zona de retaguardia», una pacífica patria natal, una vida privada segura. El oficial o el funcionario no sabrá qué vecino suyo está en contacto con la guerrilla, cuándo y en qué circunstancias se llevará a cabo un golpe contra él.

87

En la medida en que los grupos armados del pueblo «naden en las masas como un pez en el agua», los enemigos del pueblo se irán ahogando en esas masas. En este proceso el pueblo descubrirá su fuerza y la sabrá utilizar con más conciencia, se desprenderá de sus cadenas, de la obediencia ante las leyes de la sociedad explotadora. ¿De dónde va a sacar el Estado los diez mil héroes que estén dispuestos a pelear, en estas condiciones, bajo esta presión, con este miedo e incertidumbre, por los intereses del capital, frente a un enemigo invisible y terrible?

---

[25] F. Engels, artículo en el *New York Daily Tribune* del 5-7-1857, reproducido en Obras de Marx y Engels (MEW).

No basta hablar siempre de la fuerza de las masas populares. De lo que se trata es de descubrir dónde radica en *concreto* dicha fuerza; de crear las condiciones que hagan posible el que las masas no estén ya más a merced de las expediciones militares de represión del capital, sino que sean capaces de desarrollar en concreto el poder real que poseen y enfrentarse victoriosamente al enemigo. Cuando la disolución de las fuerzas enemigas haya alcanzado un grado suficiente, entonces será algo lleno de perspectivas el ponerse a romper los últimos puntos de resistencia del enemigo mediante acciones coordinadas de las masas en los centros de producción y de los comandos armados del proletariado, consolidando el poder del pueblo en todos los campos.

88

Después de este esbozo que hemos hecho, hay que replantear la cuestión de cómo se debe organizar el desarrollo del «Ejército Rojo», de modo que de una serie de grupos aislados de partisanos que era, se haga todo un sistema coordinado de cuadros armados.

No es casualidad, sino más bien expresión de la actuación de contradicciones antagónicas en el seno del sistema capitalista, el que hoy día haya cada vez más jóvenes decididos a vincular su destino personal, con todas las consecuencias, al destino de la revolución proletaria; gente que está dispuesta también a asumir los riesgos que conlleva la lucha armada. ¿Cuántas personas hay de éstas en Alemania, un par de centenares o ya unos miles? Esta pregunta sólo la puede contestar la práctica. En todo caso, ya se ha empezado —todavía de forma espontánea, asistemática, sin coordinación y sin bases organizativas— a dar los primeros pasos. Si ya han vencido el miedo que les causaba el aparato de Estado, tampoco les va a detener la cháchara de los literatos de la revolución y de los héroes de pico.

La unidad de partisanos surge de la nada. Todo el mundo puede empezar. No necesita esperar por nadie. Un par de docenas de combatientes que empiecen de verdad y no se pongan a discutir sin fin, pueden transformar la escena política, provocar todo un alud. En la primera fase, de lo que se trata es de demostrar mediante acciones adecuadas que se están formando grupos armados y que pueden afirmar su existencia frente al aparato estatal; y que ataques armados por sorpresa pueden ser un medio para defender con éxito frente a un sistema represivo un conjunto de intereses legítimos. Por decirlo brevemente: hay que descubrir prácticamente

la lucha armada como medio.

89

Sería falso empezar a utilizar este medio sólo a partir del momento en que se estuviera seguro de la «aprobación de las masas»; pues esto significaría la renuncia absoluta a esta clase de lucha, al no poderse alcanzar la «aprobación de las masas» más que a través de la lucha. Se trata de un proceso de concienciación realmente complicado; para clarificarlo un poco no sirve absolutamente de nada emplear un concepto de «masa» indiferenciado, abstracto. La «masa», dentro del contexto de los enfrentamientos de clase en la sociedad del último capitalismo, significa una abstracción, un conjunto de estratos de personas trabajadoras unidas entre sí por múltiples vínculos; las cuales tienen en común, por su situación de clase correspondiente, un interés: el interés en la eliminación del sistema de explotación y dominación capitalista, configurando, por esta comunidad de intereses fundamentales, lo que se llama el campo anticapitalista.

Los distintos sectores integrantes de todo este conjunto se diferencian entre sí en diversos aspectos, estando a merced de las leyes coactivas típicas del proceso capitalista de modo distinto; teniendo por ello un tiempo diverso en el proceso de concienciación, comprendiendo las contradicciones de su propia situación de clase también en tiempos diversos y en circunstancias distintas. El estudio concreto de la cuestión del proceso de concienciación como parte esencial del análisis de clases presupone por lo tanto una diferenciación previa del concepto «masa», según los sectores sociales de que se trate.

Si, por ejemplo, la guerrilla emprende una acción contra un educador sádico en una institución estatal de «Auxilio social», muchos padres proletarios se indignarán y condenarán dicha intervención, por creer ellos mismos en la necesidad de locales de Auxilio social y de una rígida educación; por jugar ellos mismos con el pensamiento de poner en manos de instancias estatales sus propios problemas de educación, cada vez más grandes, y porque, al fin y al cabo, ellos mismos han sido educados de manera que encuentran improcedente e ilícita toda clase de rebelión ante las autoridades sociales.

90

Los jóvenes proletarios de las residencias de tipo «social», que prueban en sus carnes la represión y también muchos jóvenes aterrorizados diariamente por la amenaza de la educación social como medio correctivo, entenderán muy bien el sentido de la acción de los comandos. Y si ésta se

hace de forma y con medios tales que los mismos jóvenes puedan servirse sin demasiado esfuerzo, ellos mismos se encargarán, después de haber recibido algunos «ejemplos» de cómo se hace, de disciplinar a sus verdugos. Todavía más: los jóvenes pueden intensificar su resistencia si son plenamente conscientes de que la guerrilla intervendrá si las autoridades se ponen a incrementar más aún la represión.

Otro ejemplo: La guerrilla obstaculiza por medio de acciones armadas el desalojo obligado de algunas viviendas, de manera que en el futuro cosas de este género sólo se puedan realizar con la protección de tanques y ametralladoras. Acaso muchos proletarios coincidan todavía hoy día con el coro de la opinión pública en manos de los señores, condenando la acción de los comandos como «anárquica», pero los cientos de miles que ya van de camino hacia los asilos nocturnos del Estado o que se ven obligados a renunciar a lo más necesario para poder pagar los alquileres usurarios sabrán entender el sentido del paso dado, reconociendo en la forma de actuación de la guerrilla la defensa de sus propios intereses.

Si un comando de partisanos hace prisionero al jefe de un trust por haber puesto en la calle a obreros suyos, y logra con ello el que éste retire el despido de que les había hecho objeto, es verdad que habrá todavía trabajadores que calificará la acción guerrillera de «criminal».

91

El que tema esta reacción olvida algo muy importante: en dicha reacción no habla la «conciencia proletaria de clase», y el reflejo de obediencia servil que en ella se manifiesta no es de ningún modo expresión de un «sano instinto de clase», sino sólo de la superestructura metida en la cabeza de los trabajadores, del super-yo burgués, mastín del capital. Y este acto reflejo de los obreros es algo que debe ser combatido; jamás se deberá uno someter a él. Si la acción a que nos referimos, por ejemplo, es llevada a cabo en condiciones apropiadas y a su tiempo, muchos trabajadores entenderán muy bien que, al fin y al cabo, es el único camino para sacar adelante con éxito los justos intereses del proletariado. Claro que esta comprensión significa un proceso complicado y contradictorio. Es verdad que en las masas existe latentemente una disposición a la violencia, que no *para de crecer continuamente* (p. ej., la agresividad contra los no conformistas); pero lo cierto es que ataques violentos de una vanguardia revolucionaria contra las instituciones del capital chocan con un rechazo más o menos sentimental por parte de amplios sectores del proletariado, mientras que se reconoce el monopolio de violencia que tiene el Estado incluso cuando la utiliza

abiertamente contra la clase trabajadora. Esta contradicción se explica por las dolorosas experiencias del proletariado en el curso de un largo proceso de acomodación a la sociedad explotadora.

El resultado más importante de esta acomodación es la obediencia con respecto a las leyes y convenciones sociales, que no son más que las leyes y convenciones que favorecen los intereses de los señores, es decir, de las clases poseedoras. Pero la educación dada en la sociedad burguesa no puede apagar completamente la inclinación espontánea a defenderse de la violencia por medio de la violencia: lo único que sí ha conseguido muchas veces es desviar dicho instinto espontáneo, deformándolo, por un cauce en que resulta totalmente inocuo para los señores.

El potencial de violencia que se encierra en los oprimidos no es eliminado, sino sólo domado, por obra de la obediencia lograda; allí está siempre dispuesta a saltar, a aparecer de nuevo, como en una «regresión» por la vía que le corresponde y con fuerzas renovadas. El carácter general que tiene la obediencia es una condición esencial de su mantenimiento. Si se niega dicha obediencia de modo perseverante, tenaz, demostrativamente, con la intención de quebrantar la ley de los dominadores para realizar los derechos superiores de los oprimidos, la norma pierde por fin toda su obligatoriedad general. Y la negación de la obediencia, que al principio aparecía aislada, pierde rápidamente su carácter de «flaqueza moral», de pecado social.

Tal reacción se puede observar fácilmente en los tiempos de surgimiento de una moral de grupo peculiar, que se aparte de los cauces de la moral general, pero sobre todo en tiempos de agitación social. Los señores la temen.

El desacostumbrarse a obedecer la legislación burguesa es un presupuesto esencial para la revolución de las masas. No es una cuestión puramente teórica. En el movimiento de protesta de 1967/1968, muchos comprendieron el carácter de clase del orden burgués y la necesidad de su eliminación violenta. Pero con ello no se habían superado, ni con mucho, las inhibiciones existentes, los fuertemente enraizados reflejos de obediencia. Para llegar a esto se necesitaría una *repetida,* consciente y *práctica* transgresión de las normas establecidas. Aunque este reflejo no esté tan marcado entre los sectores proletarios, ni tenga el carácter claramente escrupuloso que tiene entre los intelectuales pequeño-burgueses, sin embargo, el caso es que está ahí. Y el trabajador no lo puede superar

mediante una reflexión teórica, aún menos que los intelectuales. Sólo una praxis que tenga las características de una experiencia *inmediata y directa* puede abrir una brecha en esta fatídica estructura de conciencia.

93

Ahora bien, hay no pocos compañeros que tienen siempre a punto sus citas de los clásicos, a fin de demostrar que la violencia revolucionaria sólo puede ser aplicada cuando la necesidad de la misma haya penetrado en la conciencia de los «obreros». Un papel importante desempeña, en este aspecto, en la actualidad, una frase de Mao:

> «Si la conciencia de las masas no está todavía despierta y nosotros, sin embargo, nos ponemos a emprender un ataque, esto no es más que una acción aventuresca.»[26]

La objeción que de esto se saca, en la actualidad, contra determinadas formas de acción se puede disipar a dos niveles distintos. En primer lugar, dicha argumentación opera de nuevo con el concepto metafísico abstracto de «masa» y, en segundo lugar, ignora un hecho importante: los estudiantes forman, en virtud de las transformaciones que han tenido lugar en la estructura de clases de la sociedad del último capitalismo, una parte importante de la vanguardia de esta masa, del campo anticapitalista; una parte, por cierto, que dadas ciertas circunstancias está en condiciones de arrastrar *con su actuación violenta* a otros sectores del proletariado en el enfrentamiento revolucionario con el poder y violencia estatal.

94

La participación de algunos miles de jóvenes trabajadores en los desórdenes durante la Pascua de 1968 en el curso de la lucha contra la policía puede ser un pequeño ejemplo de ello. La rectitud de esta valoración a quedado demostrada históricamente después de las luchas revolucionarias ocurridas en Francia algunas semanas más tarde, sobre todo después de la batalla de Flins.[27]

---

[26] *Obras Escogidas,* vol. IV, pág. 259.

[27] "Flins forma pareja con la noche de las barricadas. Entonces habían luchado jóvenes trabajadores al lado de los estudiantes en el Quartier Latín por la liberación de la universidad de manos de la policía. En Flins luchaban estudiantes al lado de los trabajadores, para liberar la fábrica Renault y volverla a poner bajo control obrero... Todo el día estuvieron enfrentándose los estudiantes y los trabajadores con la policía. La policía intentaba dispersar de Flins y alrededores a todos los manifestantes. Se les lanzaba desde helicópteros granadas de gases. Las carreteras que conducían a Flins fueron ocupadas por policías con ametralladoras. Golpeando a los

Los estudiantes críticos comprendieron masivamente la necesidad de la violencia revolucionaria. ¡El proceso revolucionario sólo puede seguir adelante si ellos llevan a la práctica, de hecho, esta forma de ver las cosas!

Además, en la objeción a que nos referimos, no se determina con claridad qué concepto de conciencia de masas está presente en la cita aducida. ¿Es idéntico el concepto de «conciencia de masas» utilizado por Mao al que en nuestra discusión desempeña el papel fundamental?

95

Mao parte de la conciencia de las masas rurales y del proletariado urbano de la China inmersa en la guerra civil, es decir, de una conciencia de clases oprimidas, las cuales se distinguen perfectamente, también a nivel de conciencia, de las instituciones sociales que condicionan dicha opresión; las cuales viven, en este sentido, el mundo que les circunda en dos dimensiones; a las que la conciencia y, con ello, el concepto de lo que es la opresión no se les ha escapado todavía; y que aún no están tan alienadas como para considerarse a sí mismas una parte de las instituciones represivas e identificarse con ellas.

Y cuando Mao caracteriza la conciencia de las masas en China como «una hoja blanca de papel» sobre el que se pueden pintar las imágenes más hermosas, parte, también en ese caso, de una conciencia «virgen». Y, de hecho, Mao pintó sobre esta «hoja blanca de papel» los cuadros más hermosos. Las masas chinas estaban abiertas a la científica *Weltanschauung* del marxismo-leninismo, cuya concreta aplicación a las circunstancias sociales chinas proporcionó a las masas de allí una ininterrumpida vivencia del «¡ajá, esto es así!», es decir, que encendió a las masas, se hizo con ellas y se tradujo así en violencia material.

Pero en las metrópolis, al contrario, la propaganda contrarrevolucionaria a lo largo de decenios, la educación, ciencia, el arte se han apoderado de cada frase del marxismo, lo han vulgarizado, estropeado, desfigurado y, frecuentemente, convertido en su contrario; han llenado de efectos de carácter negativo cada concepto central de la teoría revolucionaria, haciéndola así inservible para la propaganda revolucionaria y la agitación entre las masas, han «demostrado», partiendo de una teoría que ellos

---

manifestantes que caían en sus manos hasta dejarlos sin sentido, arrojándolos de los coches celulares a kilómetros de allí... Y a pesar de todo, los estudiantes y trabajadores lograron hacer retroceder en varios sitios a los CRS. Los sindicatos no pudieron por menos de felicitar a los trabajadores de Flins "por su gran fuerza combativa"...", en Rauch y Schirmbeck, *Las barricadas de París.* EVA, 1968, pág. 220 s.

mismos han falsificado, su «ineficacia» en la realidad social.

96

Finalmente, las numerosas derrotas del movimiento obrero en los países industriales de Occidente han acabado con la confianza de las masas en la teoría marxista, ya que los fracasados partidos obreros se basaban en ella.

A través de todo este proceso se ha alcanzado en las masas una conciencia que no tiene que ver lo más mínimo con una «hoja blanca de papel», con la conciencia de las masas chinas. Se distingue *cualitativamente* de esta última: es una conciencia inmunizada. Tenemos que solucionar nuestro problema como podamos y con los medios que se nos han dado. Pero en el momento en que aquello de que se trata es la conciencia del proletariado, no pocos compañeros se ponen a sacar recetas alquimistas y empiezan a perorar en tono doctoral. Naturalmente que es importante el que los trabajadores aprendan a reconocer las conexiones socioeconómicas de la opresión que padecen. Pero quien se presente hoy día delante de ellos, explicando al proletario con el *Trabajo asalariado y Capital* en la mano que él es explotado y oprimido, sin *mostrarle en la práctica* un camino para salir de toda esta mierda, lo que se ganará este compañero —es cuestión sólo de tiempo— será una patada del proletario, y con razón.

Que él se mata trabajando y tiene, además, que callarse la boca, es algo que todo trabajador lo ha tenido alguna vez en la conciencia, y le ha costado mucho esfuerzo tener que reprimir esta conciencia. ¿Pero quién quiere hoy día ser considerado todavía como «obrero»? Y después de haber logrado por fin esta represión de su conciencia, viene un camello —en lo posible estudiante— y le come la hierba que tan bien había encubierto a su ser. Esto no puede ir bien.

No pocos confían, ingenuamente, en que el proletariado se herirá en las contradicciones del capitalismo y se hará así revolucionario. Olvidan que desde los orígenes del capitalismo industrial ha tenido oportunidades en abundancia de herirse; ahora le ha salido ya callo. Tan rápidamente no llega a explosiones revolucionarias.

97

Con seguridad que en los años próximos irá aumentando rápidamente el descontento de amplios sectores. Sin embargo, este descontento será sólo el cimiento para una nueva edición del reformismo, revestido, claro está, de un vocabulario revolucionario. La conciencia de la necesidad de una transformación de las relaciones sociales no es más que *un* elemento de la

conciencia revolucionaria; para convertirse en fuerza explosiva histórica se tiene que añadir a esto el convencimiento de la *posibilidad* de una tal transformación revolucionaria.

Hay que tirar de una vez al cajón de los trapos viejos las ideas mecanicistas sobre la psique proletaria. La explosión revolucionaria del proletariado francés en mayo de 1968, prevista únicamente por un par de teóricos marxistas y no considerada posible por ningún práctico marxista —¿cuántas veces no la ocurrido ya esto?— ha plastificado la dialéctica de la conciencia proletaria, que reviste un carácter antagónico. Cuando en París se manifestaban, el 13 de mayo de 1968, un millón de trabajadores y estudiantes y más tarde entraban en huelga 10 millones de personas, cuando en mitad de Europa, en un típico país neocapitalista, la revolución proletaria llamaba a los palacios-oficinas de los señores, entonces los trabajadores sabían muy bien que ellos son los oprimidos y explotados. *Esto* no se lo hubieran podido empezar a enseñar los estudiantes. Esto era algo que ellos sabían, incluso sin los cursos de formación organizados por el reformista PC francés, lo sabían por sus propias experiencias en el trajín cotidiano de los centros de castigo-trabajo capitalistas. Lo que les llevó a las barricadas fue oír las luchas de barricadas el 10 de mayo en el Quartier Latín. En aquella noche los estudiantes se defendieron heroicamente contra los ataques terroristas de la guardia de guerra civil del Régimen, de la CRS. Poniendo así en cuestión al odiado Régimen no sólo con palabras, sino también con hechos.

98

> «Comenzó la represión de la policía, con toda su primitiva fiereza; los estudiantes no eran simplemente víctimas, sino también gente que combatía; se defendían y, así, a la compasión se unió la admiración. En Francia domina menos la policía que el miedo ante la policía; la fuerza, contagiosa, de fa valentía desintegra al miedo, que es el que mantiene unida a la sociedad.»[28]

En la rebelión empezaban a marchitarse cosas como la naturalidad del hecho de la dominación, lo inevitable del trabajo alienado, la inconmovilidad de la miseria social, todos estos hierbajos-venenosos crecidos en un mantillo

[28] André Glucksmann, *Revolución en Francia. 1968,* pág. 13.

de dudas reprimidas y esperanzas inhibidas. Bajo el influjo de una acción liberatoria, las masas se abrieron de repente a teorías y consignas políticas que hasta entonces habían mantenido alejadas de sí con apasionada agresividad. Condición de esta disposición receptora era el empuje revolucionario de una vanguardia que planteaba en la práctica cuestiones en que cabían respuestas revolucionarias. La resistencia masiva, solidaria y valiente de los estudiantes en las barricadas del Quartier Latin, transmitida al proletariado francés por Radio Luxemburgo en sus emocionantes reportajes fue la chispa que trajo a la conciencia de las masas la transformabilidad de su propia situación de opresión. La decisión de cambiar su propia situación fue algo que hizo dirigir la atención, y aumentar la receptividad de las masas, hacia aquellas teorías y guías para la acción, de las cuales dimanaran proyectos de la tan deseada transformación.

99

Aunque la contrarrevolución cogió de nuevo las riendas de la sociedad —no sin la ayuda de la traición del PC francés—, la sublevación era ya una gran victoria por el hecho de haberse experimentado la propia fuerza, así como el dinamismo de la solidaridad y de la organización democrática. Y esto seguirá teniendo sus consecuencias.

.Pero se marca también una tendencia contraria. Las masas, salidas por de pronto malparadas y, por ello, desilusionadas, comenzaron, de forma paradójica, a encerrarse de nuevo ante las teorías revolucionarias; volviendo a reacomodarse a lo cotidiano, gris y cerrado, de su existencia proletaria. Las masas presienten, sin tener una clara conciencia de ello, que su vida cotidiana no puede casar, a la larga, con las ansias suscitadas por una concreta esperanza. Así como la larga opresión produce Ja falsa conciencia de su inevitabilidad e invariabilidad, así también se hace más llevadera esta opresión por la conciencia de su fatalidad. La esperanza concreta se vacía de toda relación con la realidad social, agarrándose a los sueños personales en un golpe de suerte. Si este proceso psíquico de acomodación aleja a las masas de la teoría revolucionaria, ¿cómo se podría pensar, si se piensa con la cabeza, que su propagación disiparía la resignación?

101

VIII. Revolución y sociedad juvenil

Las consideraciones hechas aquí se refieren a aquellos sectores proletarios de los que se ha logrado ya la acomodación psíquica y la integración social al sistema. Lo detallado de la argumentación está justificado por el hecho de que dichas capas sociales operan *todavía* hoy día como centro de gravitación que da cohesión a la formación capitalista. Es, por lo tanto, importante, mostrar la energía revolucionaria *potencial* que se encierra incluso en estos estratos sociales. Nos ha parecido necesaria la discusión frente a opiniones erróneas referentes a este punto, porque la praxis política de muchos compañeros parte más o menos de la tácita espera de que el capitalismo logrará también en el futuro la integración de las nuevas generaciones; de manera que, según esto, el asalariado adaptado a las circunstancias, integrado, seguirá siendo en el futuro el prototipo sobre el que se tiene que orientar la propaganda y agitación revolucionarias.

En dos palabras, que los jóvenes son considerados por la teoría revolucionaria, de acuerdo con una imagen establecida de lo que es la gente adulta, sólo como jóvenes adultos, con unas características de comportamiento típicas, limitadas todavía por su edad. Pasamos por alto, al hacer esto, que en el conflicto generacional actual anida, al contrario de tiempos pasados, una contradicción propia del modo capitalista de producción que pone en cuestión todo el proceso tradicional de acomodación e integración. Con ello se satisface una de las condiciones esenciales de la revolución social: la progresiva desintegración de la sociedad.

102

Enumeremos algunas particularidades. La autoridad de generaciones más antiguas tenía en otros tiempos su base, tanto racional como también material, en la superioridad de saber y experiencia de los mayores, en el campo tecnológico, sociotécnico y cien tífico. *Hoy día,* por obra del enorme ritme de aceleramiento de las transformaciones radicales que tienen lugar *permanentemente* en todos estos campos, los viejos son más bien representantes de un saber ya superado y de experiencias que han quedado anticuadas, así como de formas de comportamiento en la actualidad perfectamente inservibles (descalificadas por el «desgaste moral» sufrido por el saber y las capacidades humanas). La pretensión de autoridad que se base

en aquellos factores tradicionales es bastante irracional —incluso desde un punto de vista de racionalidad orientada a las ganancias—, o sea, que carece de un fuerte fundamento, y no representa más que un aspecto de inercia social que ha entrado en contradicción con el proceso de acumulación capitalista' determinado por el principio de la libre competencia. La pretensión de autoridad por parte de los mayores no es, en esta situación, más que un arma para defensa de sus intereses materiales con respecto a los de los más jóvenes.

Y éstos son los exponentes, para el proceso de valorización capitalista, del saber actual y de la cualificación tecnológica y prácticas sociológicas modernas; los cuales, por esta razón, van empujando, cada vez más, fuera del proceso de producción a los más viejos que ellos, los van descalificando y rebajando de clase.

103

Esta tendencia se ve todavía consolidada por la creciente carga anímica y nerviosa que supone el proceso de producción en la actualidad. Hecho que determina un incremento de desgaste de la capacidad laboral exigida, que, en una edad entrada en años, sólo puede ser regenerada de forma incompleta. Esta evolución de las cosas operará tenazmente, a largo plazo, sobre la estructura de la ocupación. Con esto está en contradicción, aparentemente, el hecho de que en una serie de países industriales importantes (USA y Francia), los jóvenes estén superrepresentados en la «superpoblación relativamente estancada», en el ejército de los parados. Esta circunstancia se explica principalmente por la protección ante el despido, relativamente garantizada por la ley o por los sindicatos, que es algo que entra dentro de los logros sociales de la clase obrera «establecida» y que, en caso de infraocupación repercute negativamente sobre los trabajadores jóvenes (los trabajadores de más edad sólo pueden ser despedidos en casos excepcionales, de modo que los jóvenes o bien no son empleados, o bien no se les ofrece la mediación de los sindicatos, o bien son despedidos antes que los viejos). Otro aspecto de la cuestión es la insuficiencia del sistema escolar, que produce un excedente de trabajadores no cualificados.

Tales reguladores secundarios no pueden, sin embargo, detener el desarrollo en dirección hacia una «sociedad joven», ya que dicho desarrollo ha sido decidido en virtud de las leyes económicas categóricas del modo de producción capitalista. Esta tendencia domina ya en la actualidad la esfera que ocupa el segundo lugar en importancia dentro del marco de reproducción capitalista: la esfera del consumo, en la que la aceleración en la

evolución del capital, de necesidad vital para el sistema, se hace por mediación del elemento joven, circunstancia que encuentra también su expresión en los estereotipos dominantes de la propaganda consumista: «joven, dinámico, nuevo, abierto, etcétera».

104 El resultado necesario de este desarrollo es un cambio en la conciencia de los mismos jóvenes, en la cual se refleja el cambio de papel desempeñado por la juventud en el proceso socioeconómico, es decir, la transformación de su ser dentro del último capitalismo. La importancia revolucionaria de esta conciencia transformada se ha mostrado a grandes rasgos en las luchas de los últimos años. Las conclusiones a sacar de este hecho son todavía insuficientes. Pero una cosa se puede constatar ya, con toda seguridad : En los últimos años se ha desarrollado una conciencia social propia de la juventud que no hace referencia ya más al «mundo de los mayores», a sus actitudes de esperanza ni a sus ideas sobre las normas. Los ídolos de la juventud, conforme a los cuales ésta se modela, han dejado de vivir en el mundo de los mayores; es más, la mayor parte de las veces están en una postura de agria oposición con respecto a aquél. Si en otros tiempos los jóvenes soñaban con hacerse «mayores» lo antes posible, parecerse a sus modelos adultos, hoy día les causa terror hasta el pensamiento de esta identificación. Temen «ser, o hacerse, algún día, como sus “viejos”».

La juventud se ve continuamente consolidada en esta su conciencia autónoma por las contradicciones operantes en el capitalismo. Esta conciencia se hace capaz de oponer resistencia y da la base de formas de comportamiento que transcienden con mucho el período de la juventud «biológica».

105 En esta autoconciencia se van «despuntando» los principales instrumentos de acomodación de la sociedad, casa paterna, escuela, iglesia. Y el resto de los mecanismos sociales de coacción, que normalmente sólo tenían que estabilizar la adaptación ya lograda en los otros sectores, encuentra en la actualidad, cada vez en mayor grado, una situación de no adaptación en el comportamiento juvenil. A través de la nueva «conciencia juvenil» aparecen toda una serie de formas de comportamiento típicas de la juventud, «no adaptadas», así como también modos distintos de ver la vida; todo ello es defendido conscientemente por los jóvenes ante cualquier ataque que se les haga. En la juventud surge una ideología de resistencia a la acomodación que hoy día —por confusa que sea— se ha apoderado ya de

amplios sectores sociales.

Dentro de una sociedad de clases como la nuestra, esta ideología tendrá también, necesariamente, un carácter de clase. Y ya que como expresión de unos intereses existenciales de la juventud tiene por objeto la repulsa de las formas de comportamiento exigidas por el proceso de explotación capitalista es, tendencialmente, algo anticapitalista y revolucionario.

Y va vinculada a la disposición a manifestaciones agresivas que caracteriza a la juventud, incluso el empleo de la violencia en mayor escala.

Y *aquí* hay que buscar sobre todo el potencial necesario para el empleo revolucionario de la violencia.

> «En las fábricas, cuando se trata de organizar la huelga y las ocupaciones o de enfrentarse con los CRS, en las universidades, en la calle, en los institutos, en todas partes es la juventud la más decidida. Y lo mismo pasa con los jóvenes ingenieros y cuadros técnicos que participaron en el movimiento como nunca antes lo habían hecho con motivo de una huelga (¡pensad en Saclay!).»

106

Así escribía André Glucksmann, refiriéndose a los acontecimientos del Mayo francés.[29]

La nueva cualidad que presenta el conflicto generacional la ve así André Gorz:

> «La radicalización de los jóvenes de menos de 25 años es un fenómeno internacional y tiene el mismo contenido en todos los países capitalistas con un alto grado de desarrollo. Ya este hecho indica que en el movimiento de Mayo lo que está en juego es algo fundamental, no simplemente algo de características secundarias...
>
> Su radicalización sólo se puede entender, en mi opinión, si se parte de la evolución arrolladora que ha tenido lugar en los últimos 10 años en los campos de la técnica, de la ciencia, de la política...
>
> El aceleramiento del desarrollo científico, técnico y cultural tiene como consecuencia, entre otras más, el que los niños y jóvenes se destaquen de sus padres en su forma de vida con más fuerza que en otros tiempos pasados; por lo demás, aquéllos están mejor informados que antes, atraviesan otras facetas de formación y tienen un futuro

[29] André Glucksmann, *Estrategia y revolución-Fran- cia 1968,* pág. 31.

distinto ante sí. Lo que para los jóvenes se ha convertido ya en algo natural es todavía para los mayores un libro con siete sellos; se trate de métodos de enseñanza, en el área de las matemáticas o de las lenguas, o de bienes de consumo, o de la técnica de instrumentos utilizados diariamente por ellos, o bien de ideologías o productos de la industria cultural.

107

De esto resulta el que el sistema de referencias de los mayores es algo completamente rebasado. Y como consecuencia inmediata, la autoridad de los padres se tambalea, dejando de tener valor alguno experiencias suyas que se consideraban como "sabiduría de la vida". Los mismos factores dan sus características peculiares a la revuelta juvenil. Lo tradicional, en vez de suscitar como hasta ahora respeto, se convierte más bien en un valor negativo: se hace símbolo de lo superado, de la incomprensión, del total despiste ante la evolución de las cosas en a actualidad, de la fijación en derrotas y errores pasados. Esta pérdida objetiva de autoridad de la generación de los mayores permite el rechazo de toda clase de autoridad que tenga la pretensión de fundarse en experiencias transmitidas por tradición; se ha convertido en una actitud de protesta ante la autoridad de los padres, maestros, instituciones, etc.»[30]

He aquí el pensamiento, aclarativo, de André Grucksmann:

«La lucha de los estudiantes contiene la rebelión de las modernas fuerzas de producción en su conjunto contra las relaciones burguesas de producción, dándole una expresión pública.»[31]

108

Glucksmann nos ha insinuado, en nuestra opinión, cuál podría ser el vehículo de mediación teórica de este pensamiento. El antagonismo existente dentro del modo de producción capitalista entre producción social y apropiación privada de la misma es, según Marx, sólo una forma peculiar, histórica, de la contradicción que transciende a la concreta formación capitalista entre trabajo pasado, objetivado, acumulado, por una parte, y

[30] André Gorz, op. cit., pág. 106 s.
[31] A. Glucksmann, op. cit., pág. 32.

trabajo inmediato, *viviente,* por otra.[32]

El elemento motriz es el trabajo viviente, las fuerzas vivas de la producción, las mismas que, en la acción revolucionaria, hacen saltar las relaciones de producción, que «se han hecho demasiado raquíticas». Esta fuerza de producción revolucionaria es el proletariado.

> «De todos los instrumentos de producción, la mayor fuerza productiva es la clase revolucionaria misma.»[33]

En el seno de esta misma fuerza de producción tienen lugar, a lo largo de la historia, transformaciones estructurales, que traen consigo un cambio en las características de la contradicción existente entre fuerzas productivas y relaciones de producción, agudizando el antagonismo entre los dos elementos. El movimiento obrero ha seguido la línea marcada por los cambios estructurales correspondientes, determinando las peculiaridades de dicho movimiento el estrato de la clase obrera dominante en el sistema relacional de tipo socioeconómico que se dé.

109

Al comienzo del desarrollo capitalista, cuando servía todavía de base la sencilla producción de mercancías, la clase asalariada estaba representada por los oficiales artesanos, a los que les estaba vedado el acceso a la calidad de maestro gremial y, con ello, a una existencia autónoma como productor de mercancías. Aquéllos se organizaron en asociaciones para defender sus intereses frente al maestro artesano; en ellas encontraba entonces su expresión el movimiento obrero. Al decaer la producción de mercancías basada en el trabajo artesano, aparecía la manufactura y, con ella, un nuevo tipo de trabajadores, que se convirtió en algo determinante de la nueva clase obrera. Si bien seguía todavía existiendo, junto a los obreros manufactureros, la clase de los oficiales artesanos, no fueron estos últimos, sino aquéllos los que dieron el sello al movimiento obrero de entonces (destrucción de maquinaria). Y cuando, por fin, se impuso el sistema de fábricas, se volvió a cambiar la estructura de la clase obrera. Apareció el

---

[32] Kart Marx, *La miseria de la filosofía,* MEW, vol. IV, pág. 91 s.: "En el momento en que la civilización comienza, comienza a construirse la producción, sobre el antagonismo de las profesiones, de los estamentos, de las clases, sobre el *antagonismo,* en definitiva, entre *trabajo directo e inmediato y trabajo acumulado.* Sin antagonismo no hay progreso; he aquí la ley seguida hasta el día de hoy por la civilización".

[33] Karl Korsch, *Kart Marx,* Ffm 1967, pág. 181.

trabajador industrial del período clásico del capitalismo, y se creó el movimiento obrero revolucionario, que es el que desde entonces sigue ocupando la escena histórica.

A la sombra del trabajador manual se fue desarrollando el papel del «trabajador intelectual», convirtiéndose este último, con la tercera revolución industrial, en la figura claves de la posterior evolución de las fuerzas de producción. Tendencialmente, «desaparece el trabajo inmediato y su cuantidad, en cuanto principio determinante de la producción...; siendo reducido, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo, cuantitativamente a una proporción mínima, cualitativamente al papel de un elemento si bien indispensable, subalterno si le comparamos con el trabajo científico general y la utilización tecnológica de las Ciencias Naturales, por una parte, y por otra, con la fuerza general de producción que surge del encadenamiento de todos los elementos sociales que intervienen en el conjunto de la producción».[34]

Esta repetida transformación estructural de la clase trabajadora va vinculada, por las razones ya expuestas, a una acentuación progresiva de la significación del elemento más joven de dicha clase. En el estudiantado concluyen los dos aspectos, juventud y calidad de futuro trabajador intelectual. Y en esto habría que fundamentar su influjo determinante sobre el revivido movimiento obrero de nuestros días. Visto así, la clase de obreros manuales de la industria tiene ya la tendencia a convertirse en el residuo de una clase, que irá perdiendo poco a poco su coherencia preorganizativa, dada por el hecho de la existencia de una masa de grandes ejércitos de trabajadores bajo el mando único de un empresario, y que constituía la fuerza política de la clase obrera; además, irá siendo desplazada, en el curso futuro de la revolución industrial, de sus puestos de influencia inmediata y directa sobre los resortes económicos esenciales.

Expresión inevitable de esta evolución de las cosas es el «descasamiento» del trabajador industrial manual en la misma organización política de los trabajadores. Con retóricas románticas o con aplausos entusiastas, como los que acompañan la intervención de cualquier obrero —diga lo que diga—, ya en el acto de su presentación (¡Yo soy un obrero!), no

[34] Karl Marx, *Grundrisse,* Berlín 1953, pág. 587.

se podrá encubrir en absoluto este hecho.[35]

111 Los cambios de estructura experimentados en la clase trabajadora hacen salir a la luz numerosas contradicciones que hasta ahora habían jugado un papel subordinado en los enfrentamientos de clases. La juventud se ha convertido en un elemento positivo, motriz, dentro del proceso social; «pero la sociedad burguesa la da una determinación negativa, por el hecho de apartarse de ella. El joven vive en la sociedad sin "vivir" en ella de verdad, es explotado por ella sin estar "integrado" en la misma. La economía capitalista y la administración estatal montan sus postes fronterizos según lo pidan sus necesidades particulares y variables, de modo que el terreno discutido se hace unas veces mayor, otras menor...»[36]

Por razón del cambio de papel social de la juventud, su ataque a estos postes fronterizos tradicionales que levanta la sociedad encierra una potencia totalmente distinta a la de otros tiempos, una importancia revolucionaria directa; pues la resistencia que prestan las relaciones de producción, convertidas en férreas cadenas, contra las fuerzas de producción que han alcanzado un mayor grado de desarrollo, o bien contra el carácter de necesidad de su propia liquidación en cuanto tales relaciones de producción, es algo que ha entrado en el campo de acción de la juventud. Un aspecto parcial esencial de la crisis del sistema capitalista está dado por su evidente incapacidad de adaptar su sistema de formación a las necesidades de la moderna tecnología *sin poner en cuestión su misma existencia.* En este punto se evidencia lo más nítidamente posible el carácter de encadenamiento que revisten las anticuadas relaciones de producción todavía vigentes; que se piense, por ejemplo, en las necesidades de formación científica que tendrá la sociedad en los próximos decenios y el grado de realización de la misma, cosa esta última que se puede calcular con casi entera seguridad.

112 Condición necesaria de la dominación del capital es el privilegio de formación de que goza una minoría, unida socialmente a las clases poseedoras. La explosión continua de necesitar trabajadores intelectuales es

---

[35] Debe ser estudiado, urgentemente, qué consecuencias puede tener más adelante esta "declaración". De ir vinculada —lo que es de temer— a sentimientos de inferioridad con respecto a la capa dominante de "obreros intelectuales", los propagandistas fascistas podrían sacar mucho jugo de esto. Ciertos síntomas constatables en USA y en la RFA pueden justificar nuestras sospechas.

[36] Glucksmann, op. cit., pág. 32.

algo que va liquidando el privilegio de estudiar que tenía una minoría (en los Estados Unidos se registran en la actualidad unos 6 mi- 1 ones de estudiantes, no rebasando la cifra de los trabajadores del campo los 5,5 millones, incluyendo los trabajadores autónomos y los miembros de sus familias que ayudan en la faena agrícola). Calculando una duración media de los estudios en 5 años, resulta una participación de proporciones considerables de gente de estudio en la población productora en general, y esta tendencia no se ve que haya cesado. No deja de tener interés, en este punto, el hecho de que en USA los puestos de trabajo para obreros no cualificados hayan descendido de 13 millones a menos de 4 millones, e incluso probablemente a menos de 3 millones.[37]

113

Los giros radicales de la tecnología y el peso del alud de la nueva ciencia dejan rápidamente anticuado al saber adquirido, y sin utilización posible. La formación deberá girar por lo tanto sobre un estudio fundamental interfacultativo del mayor espectro posible y sobre un entrenamiento intelectual con vistas a una actitud crítica en el aprendizaje, a una capacidad de aprendizaje que sea flexible y multilateral y a un desenvolvimiento de la propia iniciativa creadora. El resultado de un plan de formación de este género sería un mayor racionalismo crítico, cosa que, poco a poco, llevaría a los así formados a un conflicto con la articulación autoritaria-jerárquica de la sociedad y con las puras motivaciones lucrativas del proceso de valoración del capital (que no significan más que un irracionalismo extremo, si se tienen en cuenta los auténticos intereses sociales). Esta contradicción es inmanente al núcleo de intereses en que se basa la dominación de la clase poseedora. No siendo, por ello, posible su superación dentro del mismo sistema capitalista.

Frente a esta evolución, la práctica del soborno que hasta ahora se ha adoptado con el sector intelectual irá perdiendo su eficacia. La esencia del soborno, o bien de sus efectos, reside en su carácter de subvención como algo *segregante* de las masas (y de sus intereses), no en el importe total a que asciende. El soborno debe procurar una complicidad con los dominadores, en contra de los oprimidos. Una comunidad de intereses que sin su presencia existiría resulta quebrada, y el antagonismo de intereses que entran en juego en la lucha competitiva por lograr una mejor gratificación es puesto al servicio de la clase dominante.

---

[37] E. Mandel, *¿Hacia dónde va USA?,* en Kursbuch XXII, págs. 131/133.

A medida que el sector intelectual se vaya extendiendo más y más y su importancia aumente en todos los campos, los sobornos tendrían que ir también aumentado, es decir, que habría que generalizarlos. Y al ser llevados a un plano general se traducen en una elevación general de salarios para un determinado sector de la clase asalariada, cuyos intereses comunes no podrán quedarse ya más en un plano particular.

De todo esto se sigue el que la juventud, en general, y la joven intelectualidad, en especial, son afectadas por el crecimiento cada vez más acelerado de las contradicciones de clases; y el que en el futuro habrá que seguir esperando de ella un compromiso ascendente en la lucha anticapitalista. La vanguardia revolucionaria tiene que entrar en este desarrollo.

115

IX. Creación de la organización revolucionaria del proletariado en la lucha armada y mediante la lucha armada

Lástima si los revolucionarios no logran comprender que la teoría revolucionaria sólo se apodera de las masas cuando se les abren perspectivas concretas de transformación radical de su vida cotidiana, conforme a las necesidades que experimentan. Pero parece que la gente ha querido convencerse de que las transformaciones revolucionarias sólo han sido posibles cuando ha encontrado solución, a nivel de toda la sociedad, la cuestión del poder; siendo en ello la toma del poder por el proletariado un acontecimiento con una delimitación temporal mayor o menor, y no más bien un largo proceso, en parte continuo, en parte súbito.

Las guerras del pueblo que, entretanto, han sido acabadas felizmente en distintos puntos del globo han sacado, no obstante, energías precisamente de los cambios de carácter revolucionario realizados ya *durante* la larga guerra, y que, por tanto, pudieron ser llevados a la práctica antes de la solución definitiva de la cuestión del poder. No es lógico que se salga al paso de consideraciones sobre los cambios estructurales revolucionarios, como meta de la lucha de masas en los países capitalistas industrializados, a conseguir ya antes de la «toma del poder» con argumentaciones de este género: en China, Indochina o Cuba se han realizado reformas de carácter revolucionario durante la guerra del pueblo sólo en territorios liberados, pero en nuestros países ni se trata de una reforma antifeudal, ni es posible la creación de territorios liberados conforme al modelo de los movimientos revolucionarios en aquellas tierras de características semifeudales.

116

En la práctica, el ejemplo revolucionario es el único camino para lograr un revolucionamiento entre las masas, que es lo que encierra la posibilidad de realización histórica del socialismo. Significando en ello «la conquista del poder el punto final de un proceso, cuyo *primer presupuesto* sería la lucha revolucionaria de una minoría, y el segundo la consecución, *a través de la*

lucha, de una mayoría.»[38]

La revolución china ha seguido este camino. Se ha solucionado en ella la contradicción entre organización-vanguardia y espontaneidad de las masas por medio de la unidad de formación organizativa y participación directa de las masas en la lucha revolucionaria dirigida por la vanguardia. La necesidad «de nadar en las masas como el pez en el agua» operó la penetración política y organizativa de vanguardia y masas, formando ambas una unidad dialéctica que expresa históricamente una nueva cualidad. Como lo es el hecho de que las masas, incluso las que no estaban dentro del partido ni del Ejército Rojo, fueran incorporadas desde el principio del largo proceso revolucionario como un activo elemento dotado de iniciativas propias en la tarea de construcción de la organización revolucionaria (reclutamiento de voluntarios para el Ejército Rojo, formación de agrupaciones de autodefensa y tropas regionales, inclusive la organización y realización de carácter autónomo de acciones partisanas, orientación de los órganos de poder local con vistas a la puesta en práctica de la reforma agraria, etc.), tomando parte incluso en las mismas batallas revolucionarias. Todo esto significaba un nuevo tipo de revolución, que explica la capacidad de resistencia moral, política y militar y la continuidad del Movimiento en China.

117

¿No han mostrado los acontecimientos del Mayo francés que la contradicción entre organización y espontaneidad constituye el problema central de la revolución? Los debates que desde entonces se han suscitado al respecto evidencian que la síntesis de los contrarios no se consigue por el hecho de que se adopte una u otra posición, aquí Luxemburg, allá Lenin, en el medio quizá Trotski; ni tampoco porque se «liquide» la cuestión de la organización mediante una nueva edición del anarquismo. La síntesis sólo puede venir de la práctica concreta de la lucha revolucionaria. Rosa Luxemburg ha formulado ya este punto de vista, mucho antes de la revolución china:

> «Es una concepción totalmente mecánica y adialéctica el afirmar la necesidad de organizaciones fuertes que precedan a la lucha. Lo ciento es más bien lo contrario: la organización surge en la lucha, junto con la

[38] Así es la interpretación de la dialéctica luxemburguista sobre la revolución, según su biógrafo J. P. Nettl, en *Rosa Luxemburg,* Colonia 1967, pág. 712.

instrucción de clase.»[39]

118

Nosotros tenemos que atacar, a fin de despertar la conciencia revolucionaria de las masas. E, *inevitablemente,* chocaremos al hacerlo con la resistencia que moviliza la falsa conciencia para seguir conservando el espíritu acomodaticio, para mantener la adaptación y el equilibrio anímico logrado con tantos esfuerzos, dentro de una situación de opresión. Esta resistencia —comparable en cierta manera al principio de inercia mecánica— es el vicario del sistema explotador en la misma cabeza de los oprimidos. Las bombas que arrojamos contra el sistema represivo, las arrojamos también, contra la conciencia de las masas.

Vinculada íntimamente a la problemática del antagonismo entre organización y espontaneidad está la vieja problemática, de importancia transcendental, de la asincronía de las explosiones revolucionarias de las masas. La historia del movimiento obrero —sobre todo del alemán— está llena de ecos de broncas suscitadas por los «dirigentes» que en toda acción espontánea de las masas, en toda huelga salvaje de grandes proporciones, en cada barricada erigida en cualquier lugar del país se creen en la obligación de jugar a oráculos, dictaminando si la «situación revolucionaria está ya madura» o no lo está todavía, y si debe darse o no desde la central la señal para la sublevación general. Nunca han podido ponerse de acuerdo. Sólo Lenin tuvo la buena estrella de poder salir adelante con su parecer, frente a la resistencia de otros jefes.

Todos eran conscientes del dilema en que se encontraban, la imposibilidad de poder enumerar criterios científicamente fundados de que había llegado la hora de dar la «señal de salida» de la revolución. La formulación de Lenin, de que la revolución está madura «cuando los de arriba ya no pueden más y los de abajo ya no quieren más» seguir así, no hace sino trasplantar el problema a un plano literario, pero no lo resuelve.

119

El problema de la falta de sincronización no se plantea cuando la revolución se ha desarrollado de guerra partisana que era hasta alzamiento general de las masas. «La unidad de partisanos surge de la nada. Se desarrolla partiendo de algo pequeño hasta convertirse en algo gigantesco.» El ejército de partisanos combate con todos los medios que están a su alcance, dando configuración, mediante esta lucha, a unidades más amplias.

---

[39] Discurso en el Congreso de Partido del SPD en 1905, en ARS, vol. II, págs. 244-246.

De la fuente nace el arroyo, del arroyo el río, del río el torrente que finalmente se saldrá de madre y anegará todo el sistema opresivo.

Esperar la llegada de la situación revolucionaria y las demoras, inevitables y fatales, que se producen cuando tal situación ya está ahí, es algo que pertenece ya, después de las experiencias de las guerras del pueblo, a una época todavía inmadura de la historia de la revolución.

Si estas actitudes eran, antes de la revolución china, expresión de inmadurez de las vivencias de la historia y, en este sentido, errores inevitables, hoy día son errores que se pueden soslayar muy bien; en la actualidad no significan más que impotencia, pura y simple incapacidad, expresión de una pereza inexcusable.

Aparecerán en escena legiones de «marxistas» que se pondrán a «demostrar», con toda una batería de citas de Marx, que el camino aquí. señalado no es más que «pura aventura», o «blanquismo», o «putschismo», o «anarquismo». Bien. La bisutería de los ismos la dejamos gustosos en manos de los doctos de la pluma; si de lo que se trata para nosotros es de dar un paso que nos acerque un poco más a la revolución en Alemania.

120

«¡Pobre Marx y pobre Engels, qué abuso se ha hecho ya a base de citas sacadas de sus obras!»[40] Aquellos doctores del marxismo espantarán con un simple ademán todas las experiencias sacadas de las revoluciones china, indochina, argelina, cubana, uruguaya, venezolana, boliviana, brasileña, argentina, norteamericana, y se pondrán a exponer con aire importante que la situación en nuestro país es distinta (¡como si no lo supiéramos nosotros!). Las diferencias son algo importante para la cuestión de la táctica. Pero no afectan en absoluto la perspectiva estratégica.

En Alemania viene ya de tradición el escabullirse. Hasta 1919 era cosa sentada que el movimiento obrero alemán era el más avanzado, que el poder no tendría más remedio que caerle en el seno muy pronto, como una ruta madura, y que por ello no necesitaba de las bárbaras luchas de clases, del género de las entabladas por el «atrasado» proletariado ruso; y después de 1945, se encontró en el cretinismo de la socialdemocracia el alibi para no hacer nada, ornamentado de desesperación y resignación. Lo cierto es que en una época en que en *ninguna* capa social se conservaba viva la conciencia de la necesidad de la revolución socialista, no había manera de pensar en cómo se podía empezar la lucha revolucionaria; en una época en que sólo unos

[40] Lenin, *Obras,* vol. VIII, pág. 271.

pocos individuos (Agartz, Abendroth y alguno más) veían operar incluso en el último estadio del capitalismo las contradicciones típicas de su modo de producción.

Desde el revolucionamiento de los estudiantes como fracción del proletariado,' la situación se ha transformado radicalmente. Se hace a sí mismo un cretino quien todavía hoy siga argumentando con el supuesto cretinismo del movimiento obrero; siguiendo, eso sí, «arrascándose su prominente barriga, al tiempo que aplaude a aquéllos que, muy lejos de aquí, ya hace mucho que han comprendido la situación y que han emprendido a nivel internacional la lucha contra la represión».

123

X. ¡Superar el miedo al fascismo, a fin de aniquilar sus raíces!

En ciertos círculos de «izquierda» tiene amplia cabida otra objeción: la agudización de la lucha de clases desde abajo, por obra de una minoría militante, es algo que acelera el proceso de «fascistización», animando a los señores a dar un golpe de Estado fascista, proporcionándole un buen pretexto para ello; y así se vería en peligro la legalidad del trabajo propagandista y organizativo entre las masas, lo mismo que su movilización. Quien argumente de este modo considera las condiciones de la lucha de clases con los pies.

La democracia parlamentario-burguesa, el liberal Estado de Derecho son el resultado de las revoluciones de carácter antifeudal y burgués. Beneficiarios de estos logros lo fueron ante todo las fracciones burguesas del capitalismo competitivo. Y a éstas les surgió en el proletariado urbano, con el desarrollo de la producción industrial, un elemento antagónico; las luchas económicas y políticas de este último iban enfocadas, en la primera fase del enfrentamiento, a privar a las libertades burguesas de su carácter de privilegios de clase mediante su generalización.

124

Lo aparente de los principios burgueses de igualdad y libertad, con sus condicionamientos socioeconómicos, no podía ser calado por el proletariado ya en su estadio inicial de lucha de clases organizada; para ello necesitaba de las experiencias de la lucha misma. La contradicción fundamental de las luchas de clase en aquella época estribaba en que los intereses auténticos del proletariado excluyen en sí todo compromiso con el capital —explotación y opresión sólo podrán ser superados cuando se elimine la dominación del hombre sobre el hombre, es decir, con la eliminación de las relaciones capitalistas que hoy rigen—, mientras que el capital, por su parte, era capaz de compromisos. Y así fue cómo las luchas de clase desembocaron en arreglos que si bien aportaban a los trabajadores unos cuantos derechos formales y algunas mejoras sociales, dejaban en toda su integridad los fundamentos económicos y políticos del capitalismo.

Si de lo que se trata para el capital es de evitar los golpes planeados que

pueda llevar a cabo el proletariado y de controlar el proceso revolucionario del mismo, puede llegar un momento de retroceso en que aquél sea incapaz de valorizarse, poniendo en cuestión su propio dominio. El capital puede hacer tantas más concesiones, cuanto más desarrollado esté su modo de producción.

> «Con el progreso del modo capitalista de producción se va desarrollando una clase obrera que, por educación, tradición, costumbre, tiene por leyes naturales incuestionables las exigencias de aquel tipo de producción. La organización de un proceso de producción perfeccionado de carácter capitalista quiebra toda forma de resistencia; la producción continua de una relativa superpoblación mantiene la ley del suministro y demanda de trabajo y, con ello, el salario laboral, dentro de una vía en correspondencia con las necesidades de valorización del capital; la *sorda coacción de las relaciones económicas* sella la dominación del capitalista sobre el obrero.
>
> Es verdad que se sigue empleando una forma de violencia extraeconómica, directa, pero sólo excepcionalmente. Para la marcha usual de las cosas es suficiente que el trabajador sea dejado en manos de las "leyes naturales de la producción", es decir, a merced de su dependencia del capital, dependencia surgida de las condiciones mismas de la producción, garantizada y eternizada por ellas.»[41]

125

También en la distribución del producto social excedente le queda al capitalista un campo de acción considerable, con cuyo aprovechamiento él puede alargar temporalmente el «período legal» de su dominación, el régimen parlamentario y, con ello, su propia existencia. Todo tratado firmado con el capital lo paga el proletariado con un reconocimiento —por lo menos provisional— de las reglas de juego de la sociedad capitalista. Sólo poco a poco va chocando él con sus fronteras y posibilidades de hacer concesiones. Y en esta situación límite se agudiza la resistencia del capital. Y la lucha de clases emprende una escalada y asume un carácter de irreconciabilidad.

126

La liquidación masiva del Estado de Derecho burgués y de la democracia parlamentaria ocurrida en nuestro siglo (Italia, España, Alemania, Austria,

---

[41] K. Marx, *El Capital,* vol. I, MEW, vol. VII, pág. 765.

Grecia, etc.) demuestra que el capital no duda en echar por la borda todo compromiso social, para pasar acto seguido a formas abiertamente violentas en su ejercicio del poder, siempre que esté en juego su existencia como clase. Si bien —que quede claro— radica en los propios intereses capitalistas el mantener todo el tiempo posible las formas veladas de dominación de clase; pues en éstas pueden ser canalizadas más energías combativas dej proletariado, integradas en el sistema capitalista o desviadas hacia reformas sostenedoras del sistema, que en el caso de una dictadura fascista, la cual produce necesariamente una reacción más fuerte, trae con más claridad a la conciencia de la gente la irreconciabilidad del antagonismo de clases y agota con el tiempo las reservas de poder del sistema. La dictadura terrorista es —aunque finalmente sea inevitable— algo altamente desagradable para los intereses capitalistas, no es más que un «frenazo de urgencia».

La dictadura señala a cada momento una situación de agudización de la lucha de clases desde abajo, situación caracterizada por los esfuerzos brutales del capital por mantenerse en el poder. ¿Es esto malo? ¿Se debe uno desalentar ante esta evolución de los acontecimientos y romper en quejas?

Si el enemigo tiene que poner en juego todas sus fuerzas para mantener bien abajo a las clases oprimidas, esto no es nada malo, al contrario, está bien así; es una señal de que el proletariado ha asestado potentes golpes a su enemigo de clase, que le hace temblar. El fascismo es un gran mal, el mayor de los males capitalistas. Pero el *miedo al fascismo* es ya parte integrante del dominio del mismo. El proletariado no le debe temer, sino combatir, debe prepararse a sí mismo para esa lucha.

Sería completamente falso renunciar, por miedo al fascismo, a una agudización de la lucha de clases; pues esto significaría dejar el campo en manos del capitalismo sin combatir, garantizar su dominación hasta que, por la fuerza de sus contradicciones, arrastre a la humanidad a una catástrofe, que acabe en la barbarie total.

127

Sería un suicidio por miedo a la muerte. Uno se acuerda de la plástica comparación de Brecht, aquello de los terneros. Si el ganado va tranquilamente, y por el camino señalado, hacia el matadero, los boyeros no necesitan hacer uso de su vara. Pero cuanto más decididamente se quieran apartar las reses de su camino, más bailará la porra.

La «izquierda» europea está a punto de repetir, frente a la amenaza fascista, los yerros del pasado.

> «Por su negativa a *integrarse en el proceso* (...), los reformistas y neorreformistas se han condenado siempre a sí mismos a considerar toda acción revolucionaria como una "provocación" que debilita a las masas y que "refuerza a la reacción". Esta era la fórmula estereotipada de la socialdemocracia alemana por los años 1919, 1920, 1923 y 1930, hasta 1933. Los "aventureros izquierdistas, los anarquistas, los *putschistas,* los espartakistas, los bolcheviques"... tenían la culpa de que la burguesía obtuviera la mayoría en la Asamblea Constituyente de Weimar, pues sus "acciones violentas" han "asustado al pueblo", suspiraban los Scheidemann en 919. Era culpa de los comunistas el que los nazis se hicieran cada vez más fuertes, pues ante la amenaza de revolución, las clases medias han sido empujadas at campo contrarrevolucionario, repetían en 1930-1933.»[42]

128

Pero esto no ha bastado. Los «comunistas» denuncian *hoy día* como «agents provocateurs» a aquéllos que, con su lucha, han despertado en mayo de 1968 las más fuertes y vivas esperanzas de una revolución socialista; los mismos partidos comunistas que *entonces* eran tratados de *«Provokateure»* y que en 1933 dejaban indefenso al proletariado en manos del fascismo, en la creencia de que éste se arruinaría a sí mismo en un pai; de meses, preparando con ello el terreno para la realización de la revolución.

L'Humanité ponía a Daniel Cohn Bendit el mote de «anarquista alemán», en una clara muestra de resentimiento nacionalista. «¡Después de Dachau, Cohn Bendit!», resonaba entre las filas de la reacción; Séguy azuzaba a la gente contra «elementos perturbadores y provocadores». Después de que trabajadores y estudiantes hubieran defendido, en parte con éxito, conjuntamente, las fábricas de Renault en Flins, ocupadas por los huelguistas, *L'Humanité* escribía bajo el titular a toda plana, «Los grupos Geismar organiza una provocación contra los huelguistas de Renault», lo siguiente: «Los comandos Geismar, organizados militarmente, han pasado a ser ahora una provocación contra el movimiento obrero. Vienen en ayuda de los gaullistas, se hacen cómplices de la dirección de la Renault y de los señores, cómplices de los empresarios de la industria metalúrgica».[43]

El Buró de la CGT echaba en cara al general De Gaulle: «Este ha olvidado nombrar por su nombre a los verdaderos causantes de los tumultos

---

[42] E. Mandel, op. cit., pág. 129.

[43] *L'Humanité* (Organo Central del PCF), del 9-6-1968.

y provocaciones, cuyas manipulaciones, incluidas las dirigidas contra el reanudamiento del trabajo, son vistas por el Gobierno con singular benevolencia».

129

Una exigencia —no cabe otra interpretación— alzada al Estado, para que éste «exija cuentas» a los revolucionarios del Mayo de 1968. ¡Asqueroso! Pero la traición y la calumnia no deben turbar la visión de las líneas de desarrollo histórico, para que el proletariado alemán no caiga por segunda vez *indefenso* en manos del fascismo:

> «El progreso revolucionario se abre camino suscitando una contrarrevolución cerrada y poderosa, es decir, obligando al enemigo a servirse de medios de defensa cada vez más extremos, *desarrollando así él mismo medios de ataque cada vez más potentes.»*[44]

¿Lo oís? Marx habla de atacar. El nos enseña que el progreso revolucionario *produce* de modo necesario una contrarrevolución. El que sólo piense en defender el miserable resto de aparentes libertades burguesas que nos queda tendrá que temer como a la peste el progreso revolucionario, está claro; pues el progreso revolucionario conlleva la pérdida de las pequeñas concesiones hechas por el capital con la sola finalidad de impedir la revolución. La fuerza del movimiento obrero destierra al fascismo, la debilidad de las tendencias revolucionarias lo hace ya innecesario. Y anotad esto bien: «La incapacidad de emplear la violencia se transforma en impotencia frente al fascismo».[45]

Movilizar a las masas en una acción de signo anticapitalista sin desarrollar simultáneamente las condiciones que hagan posible una victoriosa resistencia militar ante el fascismo, es como mandar a la guerra a los propios soldados sin fusil alguno. *¡Esto* sí que es una aventura, un crimen imperdonable hacia la clase obrera! No sigáis hablando por más tiempo cómo hay que impedir el fascismo; pues *no hay manera de impedirlo,* pero lo que sí se puede es vencerlo. Reflexionad sobre qué se puede hacer para echarlo abajo definitivamente, ¡y *obrad* en consecuencia!

130

La decisiva fase de «fascistización» en Europa tendrá lugar probablemente cuando el fascismo se convierta en USA en la tendencia

---

[44] K. Marx, *Las luchas de clases en Francia, de 1848-1850,* en MEW, vol. VII, pág. 11.
[45] Glucksmann, op. cit., pág. 20.

política fundamental. La crisis económica y social, que ha puesto al fascismo en aquel país en el orden del día, es evidente.

Por un lado, la economía de los Estados Unidos ha perdido su carácter de monopolio productivo en el mercado internacional y, con ello, se ha puesto en camino de disminuir y agotar su capacidad competitiva. Desde que los competidores europeos y japoneses han alcanzado casi en todos los campos el nivel tecnológico de USA, su capital a dejado de estar en condiciones de soportar salarios reales de tres a cinco veces más elevados que en otros sitios. Viéndose obligado a emprender un ataque en regla contra la clase trabajadora americana.

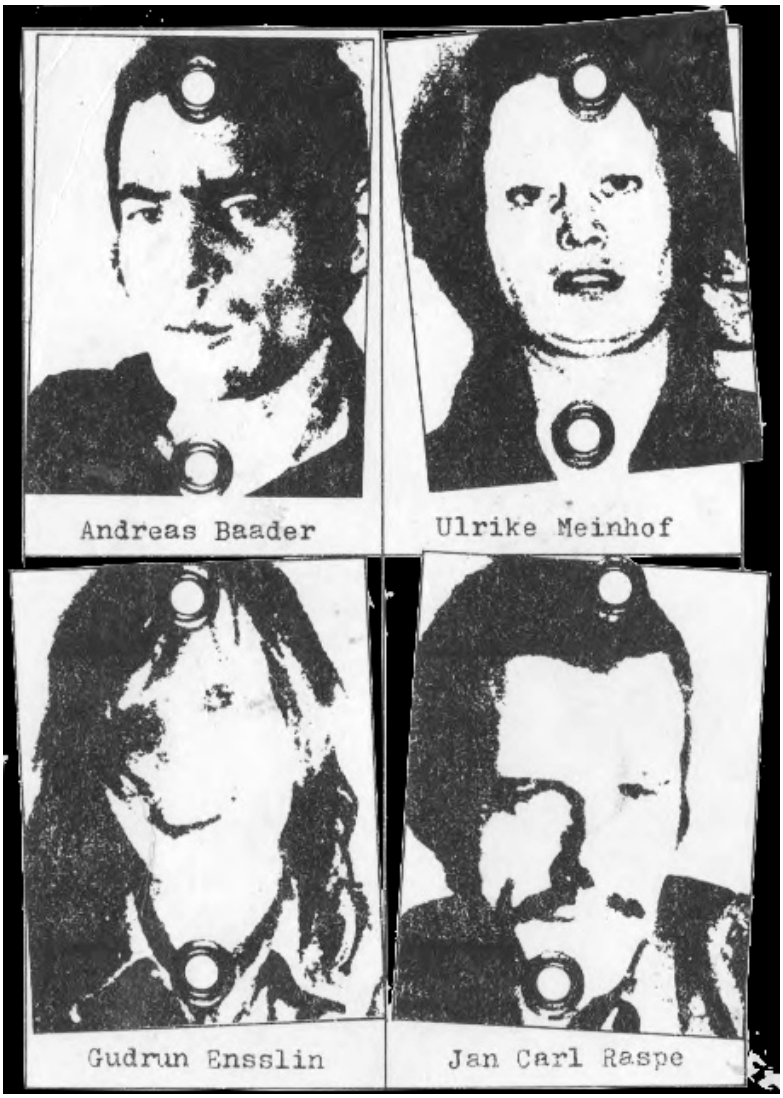
Por otro lado, se va apoderando de las grandes ciudades americanas, por mor de la siempre creciente «pobreza pública», una miseria crónica.[46] El aquelarre de la criminalidad en las calles de este desierto de rascacielos es el coco con el que los fascistas americanos reclutan su comitiva, con el trasfondo social de descontento general allí dominante; así es cómo se forman grupos armados de autodefensa ciudadana, que tienen una función parecida a las Secciones de Asalto fascistas. Estos inicios se observan ya cotidianamente en USA, y muchos lo encuentran ya natural. ¡Poco tiempo nos queda a nosotros!

¡Tened ánimo de luchar!
¡Tened ánimo de vencer!
Pues es
de esencia de lo reaccionario no caer
si no se le derriba.

[46] Cf. E. Mandel, op. cit.

INDICE

9 — I. La lucha armada, problema central de la teoría revolucionaria
19 — II. Lucha armada y huelga general
33 — III. Conciencia proletaria, teoría revolucionaria y papel de la intelectualidad revolucionaria
49 — IV. Vanguardia revolucionaria y clase proletaria
59 — V. La guerrilla urbana como método de intervención revolucionaría en las metrópolis
69 — VI. Terror contra el aparato de dominación, elemento necesario de la lucha de las masas
83 — VII. ¡Descubrir dónde reside la fuerza «concreta» de las masas populares, vencer la resignación de las masas!
101 — VIII. Revolución y sociedad juvenil
115 — IX. Creación de la organización revolucionaria del proletariado en la lucha armada y mediante la lucha armada
123 — X. ¡Superar el miedo al fascismo, a fin de aniquilar sus raíces!



«Si digo que tal o cual cosa no me gusta estoy protestando. Si me preocupo además porque eso que no me gusta no vuelva *a* ocurrir, estoy resistiendo. Protesto cuando digo que no sigo colaborando. Resisto cuando me ocupo de que tampoco los demás colaboren».

ICARIA

totum revolutum